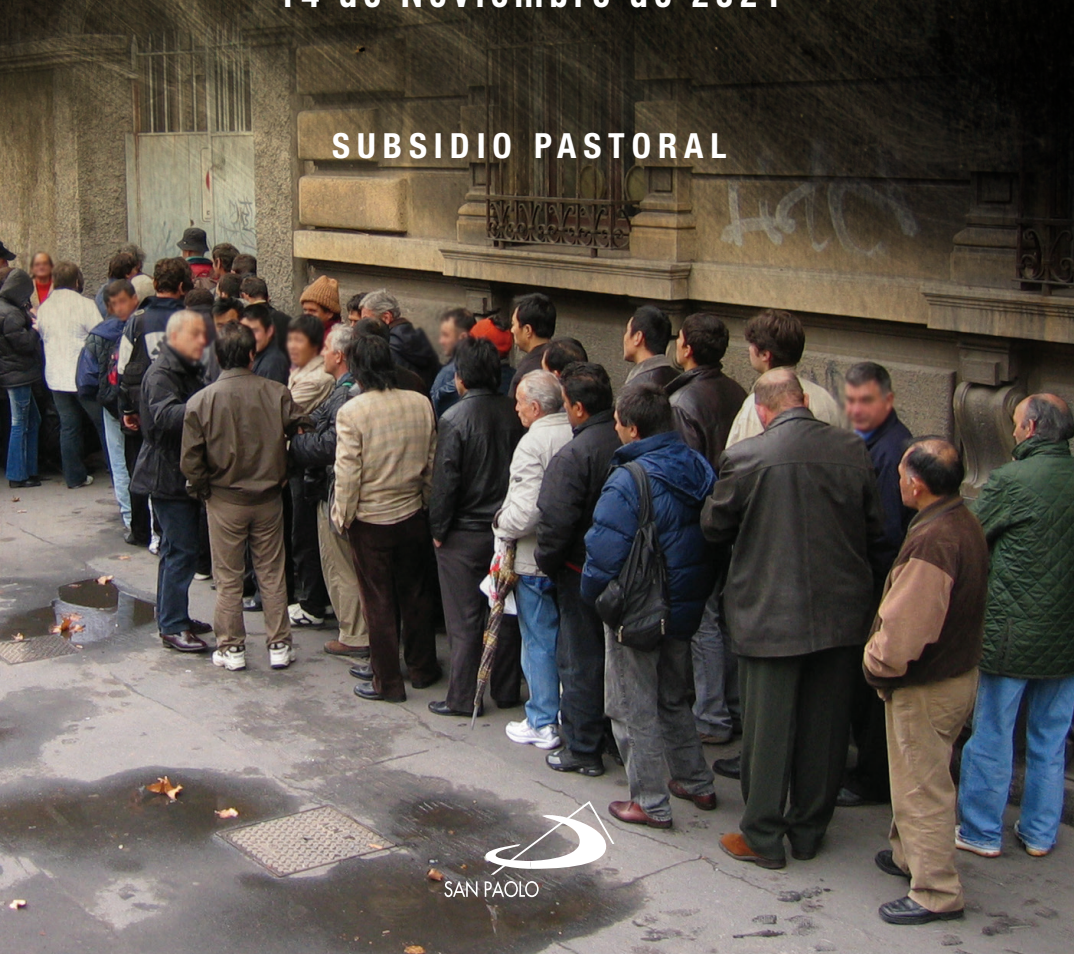


PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN
DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

A LOS POBRES LOS TIENEN SIEMPRE CON USTEDES

V Jornada Mundial de los Pobres
14 de Noviembre de 2021

SUBSIDIO PASTORAL




SAN PAOLO

**PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN
DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN**

A LOS POBRES LOS TIENEN SIEMPRE CON USTEDES

**V Jornada Mundial de los Pobres
14 de Noviembre de 2021**

SUBSIDIO PASTORAL

Un especial agradecimiento a:

- Rev. Fernando Armellini (Dehoniano, biblista)
- Rev. Francesco Dell'Orco (Arquidiócesis de Trani - Barletta - Bisceglie)
- Rev. Francesco Filannino (Pontificia Universidad Lateranense - Ciudad del Vaticano)
- Rev. Pierpaolo Lippo (Pontificio Instituto Bíblico - Roma)
- Rev. Cesare Mariano (Instituto Teológico de Basilicata - Potenza)
- Fr. Ludwig Monti (Comunidad di Bose, biblista)

Por su aporte para la realización de este Subsidio.

© 2021 Edizioni San Paolo s.r.l.

Piazza Soncino, 5 - 20092 Cinisello Balsamo (Milano)

www.edizionisanpaolo.it

Distribución: Diffusione San Paolo s.r.l.

Piazza Soncino, 5 - 20092 Cinisello Balsamo (Milano)

© 2021 Periodici San Paolo s.r.l.

Via Giotto, 36 - 20145 Milano

Para los textos del Papa © Libreria Editrice Vaticana

Proyecto gráfico: Giacomo Travisani

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este volumen puede ser publicada, reproducida, almacenada en medios electrónicos, transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, mecánico o electrónico, fotocopiada o grabada, o distribuida de otra manera, sin el permiso escrito del editor.

El editor ha hecho todo lo posible por identificar y localizar a todos los titulares de derechos fotográficos. En el caso de que se reproduzcan imágenes ajenas en este subsidio, el editor quedará a disposición de los titulares de los derechos.

Stampa: Mediagraf SpA - Noventa Padovana (PD)

ISBN 978-88-922-2633-3



V JORNADA MUNDIAL DE LOS POBRES 2021

A LOS POBRES LOS TIENEN SIEMPRE CON USTEDES

Presentación

La *Jornada Mundial de los Pobres* llega a su quinto aniversario. No es mucho, pero el plazo permite hacer una primera síntesis. Cuando en el mes de noviembre de 2016 el Papa Francisco, apartando los ojos del texto oficial de su homilía y mirando a los miles de pobres que llenaban la Basílica de San Pedro para celebrar su *Jubileo de la Misericordia*, anunció que a partir de ese momento la Iglesia tendría su propia *Jornada Mundial de los Pobres*, pocos previeron el efecto que generaría.

La decisión de confiar este momento al Dicasterio para la Nueva Evangelización tenía su propia motivación y finalidad. El Papa Francisco tenía la intención de dar una respuesta directa a lo que había escrito como programa de su pontificado: «Quiero una Iglesia pobre para los pobres. Ellos tienen mucho que enseñarnos. Además de participar del *sensus fidei*, en sus propios dolores conocen al Cristo sufriente. Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos» (EG 198).

A partir de aquí, en estos años la Jornada ha tocado temas siempre inspirados en la Palabra de Dios. “No amemos de palabra, sino con obras” (cf. 1Jn 3,18) en 2017, “Este pobre gritó y el Señor lo escuchó” (Sal 33,7) en 2018, “La esperanza de los pobres nunca se frustrará” (Sal 9,19) en 2019, “Tiende tu mano al pobre” (Sir 7,32) en 2020. Como se puede notar, mientras que en los tres primeros años las virtudes teologales de la fe, la esperanza y la caridad estuvieron en el centro de la reflexión, ahora se abre un camino para redescubrir de cerca las nuevas situaciones de pobreza.

«A los pobres los tienen siempre con ustedes». (Mc 14,7). Las palabras de Jesús fueron explicadas en el Mensaje que el Papa Francisco hizo público, como siempre, en el día de San Antonio de Padua, y ahora encuentran una nueva confirmación en este Subsidio Pastoral que se pone en manos del pueblo de Dios, para que la *Jornada Mundial* represente una provocación permanente para que nuestras comunidades estén atentas y acojan a quienes se presentan a nuestra puerta. Como se sabe, la expresión de Jesús en la víspera de su pasión iba dirigida como reprimenda a sus discípulos porque no debían criticar a la mujer que había derramado sobre él un perfume muy caro. De este modo, se hizo intérprete y representante de todos los pobres al recibir la debida atención por sus sufrimientos. «Las personas más vulnerables están

privadas de los bienes de primera necesidad. Las largas filas frente a los comedores para los pobres son el signo tangible de este deterioro». Así describe el Papa Francisco las pobreza que están frente a nuestros ojos todos los días, para que nadie mire hacia otro lado sin asumir las debidas responsabilidades. Tener a los pobres siempre con nosotros no puede generar malestar, sino debe suscitar el necesario sentido de justicia y solidaridad cristiana. Éstas son el prelude indispensable para que la celebración de la Eucaristía sea una participación real del Cuerpo y la Sangre de Cristo y un soporte para el testimonio vivo de los cristianos como forma creíble de la fe.

✠ Rino Fisichella

*Presidente del Pontificio Consejo
para la Promoción de la Nueva Evangelización*



A los pobres los



MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA V JORNADA MUNDIAL DE LOS POBRES

Domingo XXXIII del Tiempo Ordinario
14 de noviembre de 2021

«A LOS POBRES LOS TIENEN SIEMPRE CON USTEDES»

(Mc 14,7)

1. «A los pobres los tienen siempre con ustedes» (Mc 14,7). Jesús pronunció estas palabras en el contexto de una comida en Betania, en casa de un tal Simón, llamado “el leproso”, unos días antes de la Pascua. Según narra el evangelista, una mujer entró con un frasco de alabastro lleno de un perfume muy valioso y lo derramó sobre la cabeza de Jesús. Ese gesto suscitó gran asombro y dio lugar a dos interpretaciones diversas.

La primera fue la indignación de algunos de los presentes, entre ellos los discípulos que, considerando el valor del perfume —unos 300 denarios, equivalentes al salario anual de un obrero— pensaron que habría sido mejor venderlo y dar lo recaudado a los pobres. Según el Evangelio de Juan, fue Judas quien se hizo intérprete de esta opinión: «¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios para darlos a los pobres?». Y el evangelista señala: «Esto no lo dijo porque le importaran los pobres, sino porque era ladrón y, como tenía la bolsa del dinero en común, robaba de lo que echaban en ella» (12,5-6). No es casualidad que esta dura crítica salga de la boca del

*tienen siempre con ustedes*⁹

traidor, es la prueba de que quienes no reconocen a los pobres traicionan la enseñanza de Jesús y no pueden ser sus discípulos. A este respecto, recordamos las contundentes palabras de Orígenes: «Judas parecía preocuparse por los pobres [...]. Si ahora todavía hay alguien que tiene la bolsa de la Iglesia y habla a favor de los pobres como Judas, pero luego toma lo que ponen dentro, entonces, que tenga su parte junto a Judas» (*Comentario al Evangelio de Mateo*, XI, 9).

La segunda interpretación la dio el propio Jesús y permite captar el sentido profundo del gesto realizado por la mujer. Él dijo: «¡Déjela! ¿Por qué la molestan? Ha hecho una obra buena conmigo» (Mc 14,6). Jesús sabía que su muerte estaba cercana y vio en ese gesto la anticipación de la unción de su cuerpo sin vida antes de ser depuesto en el sepulcro. Esta visión va más allá de cualquier expectativa de los comensales. Jesús les recuerda que el primer pobre es Él, el más pobre entre los pobres, porque los representa a todos. Y es también en nombre de los pobres, de las personas solas, marginadas y discriminadas, que el Hijo de Dios aceptó el gesto de aquella mujer. Ella, con su sensibilidad femenina, demostró ser la única que comprendió el estado de ánimo del Señor. Esta mujer anónima, destinada quizá por esto a representar a todo el universo femenino que a lo largo de los siglos no tendrá voz y sufrirá violencia, inauguró la significativa presencia de las mujeres que participan en el momento culminante de la vida de Cristo: su crucifixión, muerte y sepultura, y su aparición como Resucitado. Las mujeres, tan a menudo discriminadas y mantenidas al margen de los puestos de responsabilidad, en las páginas de los Evangelios son, en cambio, protagonistas en la historia de la revelación. Y es elocuente la expresión final de Jesús, que asoció a esta mujer a la gran misión evangelizadora: «Les aseguro que, para honrar su memoria, en cualquier parte del mundo donde se proclame la Buena Noticia se contará lo que ella acaba de hacer conmigo» (Mc 14,9).

2. Esta fuerte “empatía” entre Jesús y la mujer, y el modo en que Él interpretó su unción, en contraste con la visión escandalizada de Judas y de los otros, abre un camino fecundo de reflexión sobre el vínculo inseparable que hay entre Jesús, los pobres y el anuncio del Evangelio.

El rostro de Dios que Él revela, de hecho, es el de un Padre para los po-

bres y cercano a los pobres. Toda la obra de Jesús afirma que la pobreza no es fruto de la fatalidad, sino un signo concreto de su presencia entre nosotros. No lo encontramos cuando y donde quisiéramos, sino que lo reconocemos en la vida de los pobres, en su sufrimiento e indigencia, en las condiciones a veces inhumanas en las que se ven obligados a vivir. No me canso de repetir que los pobres son verdaderos evangelizadores porque fueron los primeros en ser evangelizados y llamados a compartir la bienaventuranza del Señor y su Reino (cf. Mt 5,3).

Los *pobres* de cualquier condición y de cualquier latitud nos evangelizan, porque nos permiten redescubrir de manera siempre nueva los rasgos más genuinos del rostro del Padre. «Ellos tienen mucho que enseñarnos. Además de participar del *sensus fidei*, en sus propios dolores conocen al Cristo sufriente. Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos. Nuestro compromiso no consiste exclusivamente en acciones o en programas de promoción y asistencia; lo que el Espíritu moviliza no es un desborde activista, sino ante todo una atención puesta en el otro “considerándolo como uno consigo”. Esta atención amante es el inicio de una verdadera preocupación por su persona, a partir de la cual deseo buscar efectivamente su bien» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 198-199).

3. Jesús no sólo está de parte de los pobres, sino que comparte con ellos la misma suerte. Esta es una importante lección también para sus discípulos de todos los tiempos. Sus palabras «a los pobres los tienen siempre con ustedes» también indican que su presencia en medio de nosotros es constante, pero que no debe conducirnos a un acostumbramiento que se convierta en indiferencia, sino a involucrarnos en un compartir la vida que no admite delegaciones. Los pobres no son personas “externas” a la comunidad, sino hermanos y hermanas con los cuales compartir el sufrimiento para aliviar su malestar y marginación, para devolverles la dignidad perdida y asegurarles la necesaria

inclusión social. Por otra parte, se sabe que una obra de beneficencia presupone un benefactor y un beneficiado, mientras que el compartir genera fraternidad. La limosna es ocasional, mientras que el compartir es duradero. La primera corre el riesgo de gratificar a quien la realiza y humillar a quien la recibe; el segundo refuerza la solidaridad y sienta las bases necesarias para alcanzar la justicia. En definitiva, los creyentes, cuando quieren ver y palpar a Jesús en persona, saben a dónde dirigirse, los pobres son sacramento de Cristo, representan su persona y remiten a él.

Tenemos muchos ejemplos de santos y santas que han hecho del compartir con los pobres su proyecto de vida. Pienso, entre otros, en el padre Damián de Veuster, santo apóstol de los leprosos. Con gran generosidad respondió a la llamada de ir a la isla de Molokai, convertida en un gueto accesible sólo a los leprosos, para vivir y morir con ellos. Puso manos a la obra e hizo todo lo posible para que la vida de esos pobres, enfermos y marginados, reducidos a la extrema degradación, fuera digna de ser vivida. Se hizo médico y enfermero, sin reparar en los riesgos que corría, y llevó la luz del amor a esa “colonia de muerte”, como era llamada la isla. La lepra lo afectó también a él, signo de un compartir total con los hermanos y hermanas por los que había dado la vida. Su testimonio es muy actual en nuestros días, marcados por la pandemia de coronavirus. La gracia de Dios actúa ciertamente en el corazón de muchos que, sin aparecer, se gastan por los más pobres en un concreto compartir.

4. Necesitamos, pues, adherirnos con plena convicción a la invitación del Señor: «Conviértanse y crean en la Buena Noticia» (Mc 1,15). Esta conversión consiste, en primer lugar, en abrir nuestro corazón para reconocer las múltiples expresiones de la pobreza y en manifestar el Reino de Dios mediante un estilo de vida coherente con la fe que profesamos. A menudo los pobres son considerados como personas separadas, como una categoría que requiere un particular servicio caritativo. Seguir a Jesús implica, en este sentido, un cambio de mentalidad, es decir, acoger el reto de compartir y participar. Convertirnos en sus discípulos implica la opción de no acumular tesoros en la tierra, que dan la ilusión de una seguridad en realidad frágil y efímera. Por el contrario, requiere la disponibilidad para liberarse de todo vínculo que impida alcanzar la verdadera felicidad y bienaventuranza, para reconocer lo

que es duradero y que no puede ser destruido por nada ni por nadie (cf. Mt 6,19-20).

La enseñanza de Jesús también en este caso va a contracorriente, porque promete lo que sólo los ojos de la fe pueden ver y experimentar con absoluta certeza: «Y todo el que deje casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o campos por mi causa, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna» (Mt 19,29). Si no se elige convertirse en pobres de las riquezas efímeras, del poder mundano y de la vanagloria, nunca se podrá dar la vida por amor; se vivirá una existencia fragmentaria, llena de buenos propósitos, pero ineficaz para transformar el mundo. Se trata, por tanto, de abrirse con decisión a la gracia de Cristo, que puede hacernos testigos de su caridad sin límites y devolverle credibilidad a nuestra presencia en el mundo.

5. El Evangelio de Cristo impulsa a estar especialmente atentos a los pobres y pide reconocer las múltiples y demasiadas formas de desorden moral y social que generan siempre nuevas formas de pobreza. Parece que se está imponiendo la idea de que los pobres no sólo son responsables de su condición, sino que constituyen una carga intolerable para un sistema económico que pone en el centro los intereses de algunas categorías privilegiadas. Un mercado que ignora o selecciona los principios éticos crea condiciones inhumanas que se abaten sobre las personas que ya viven en condiciones precarias. Se asiste así a la creación de trampas siempre nuevas de indignidad y exclusión, producidas por actores económicos y financieros sin escrúpulos, carentes de sentido humanitario y de responsabilidad social.

El año pasado, además, se añadió otra plaga que produjo ulteriormente más pobres: la pandemia. Esta sigue tocando a las puertas de millones de personas y, cuando no trae consigo el sufrimiento y la muerte, es de todas maneras portadora de pobreza. Los pobres han aumentado desproporcionadamente y, por desgracia, seguirán aumentando en los próximos meses. Algunos países, a causa de la pandemia, están sufriendo gravísimas consecuencias, de modo que las personas más vulnerables están privadas de los bienes de primera necesidad. Las largas filas frente a los comedores para los pobres son el signo tangible de este deterioro. Una mirada atenta exige que se encuentren las soluciones más adecuadas para combatir el virus a nivel mundial, sin

apuntar a intereses partidistas. En particular, es urgente dar respuestas concretas a quienes padecen el desempleo, que golpea dramáticamente a muchos padres de familia, mujeres y jóvenes. La solidaridad social y la generosidad de la que muchas personas son capaces, gracias a Dios, unidas a proyectos de promoción humana a largo plazo, están aportando y aportarán una contribución muy importante en esta coyuntura.

6. Sin embargo, permanece abierto el interrogante, que no es obvio en absoluto: ¿cómo es posible dar una solución tangible a los millones de pobres que a menudo sólo encuentran indiferencia, o incluso fastidio, como respuesta? ¿Qué camino de justicia es necesario recorrer para que se superen las desigualdades sociales y se restablezca la dignidad humana, tantas veces pisoteada? Un estilo de vida individualista es cómplice en la generación de pobreza, y a menudo descarga sobre los pobres toda la responsabilidad de su condición. Sin embargo, la pobreza no es fruto del destino sino consecuencia del egoísmo. Por lo tanto, es decisivo dar vida a procesos de desarrollo en los que se valoren las capacidades de todos, para que la complementariedad de las competencias y la diversidad de las funciones den lugar a un recurso común de participación. Hay muchas pobrezas de los “ricos” que podrían ser curadas por la riqueza de los “pobres”, ¡si sólo se encontraran y se conocieran! Ninguno es tan pobre que no pueda dar algo de sí mismo en la reciprocidad. Los pobres no pueden ser sólo los que reciben; hay que ponerlos en condiciones de poder dar, porque saben bien cómo corresponder. ¡Cuántos ejemplos de compartir están ante nuestros ojos! Los pobres nos enseñan a menudo la solidaridad y el compartir. Es cierto, son personas a las que les falta algo, frecuentemente les falta mucho e incluso lo necesario, pero no les falta todo, porque conservan la dignidad de hijos de Dios que nada ni nadie les puede quitar.

7. Por eso se requiere un enfoque diferente de la pobreza. Es un reto que los gobiernos y las instituciones mundiales deben afrontar con un modelo social previsor, capaz de responder a las nuevas formas de pobreza que afectan al mundo y que marcarán las próximas décadas de forma decisiva. Si se margina a los pobres, como si fueran los culpables de su condición, entonces el concepto mismo de democracia se pone en crisis y toda política social se

vuelve un fracaso. Con gran humildad deberíamos confesar que en lo referente a los pobres somos a menudo incompetentes. Se habla de ellos en abstracto, nos detenemos en las estadísticas y se piensa en provocar conmoción con algún documental. La pobreza, por el contrario, debería suscitar una planificación creativa, que permita aumentar la libertad efectiva para poder realizar la existencia con las capacidades propias de cada persona. Pensar que la libertad se concede e incrementa por la posesión de dinero es una ilusión de la que hay que alejarse. Servir eficazmente a los pobres impulsa a la acción y permite encontrar los medios más adecuados para levantar y promover a esta parte de la humanidad, demasiadas veces anónima y sin voz, pero que tiene impresa en sí el rostro del Salvador que pide ayuda.

8. «A los pobres los tienen siempre con ustedes» (Mc 14,7). Es una invitación a no perder nunca de vista la oportunidad que se ofrece de hacer el bien. En el fondo se puede entrever el antiguo mandato bíblico: «Si hubiese un hermano pobre entre los tuyos, no seas inhumano ni le niegues tu ayuda a tu hermano el pobre. Por el contrario, tiéndele la mano y préstale lo que necesite, lo que le falte. [...] Le prestarás, y no de mala gana, porque por eso el Señor, tu Dios, te bendecirá en todo lo que hagas y emprendas. Ya que no faltarán pobres en la tierra» (Dt 15.7-8.10-11). El apóstol Pablo se sitúa en la misma línea cuando exhorta a los cristianos de sus comunidades a socorrer a los pobres de la primera comunidad de Jerusalén y a hacerlo «no de mala gana ni por obligación, porque Dios ama a quien da con alegría» (2 Co 9,7). No se trata de aliviar nuestra conciencia dando alguna limosna, sino más bien de contrastar la cultura de la indiferencia y la injusticia con la que tratamos a los pobres.

En este contexto también es bueno recordar las palabras de san Juan Crisóstomo: «El que es generoso no debe pedir cuentas de la conducta, sino sólo mejorar la condición de pobreza y satisfacer la necesidad. El pobre sólo tiene una defensa: su pobreza y la condición de necesidad en la que se encuentra. No le pidas nada más; pero aunque fuese el hombre más malvado del mundo, si le falta el alimento necesario, librémosle del hambre. [...] El hombre misericordioso es un puerto para quien está en necesidad: el puerto acoge y libera del peligro a todos los naufragos; sean ellos malvados, buenos, o sean como

sean aquellos que se encuentren en peligro, el puerto los protege dentro de su bahía. Por tanto, también tú, cuando veas en tierra a un hombre que ha sufrido el naufragio de la pobreza, no juzgues, no pidas cuentas de su conducta, sino libéralo de la desgracia» (*Discursos sobre el pobre Lázaro*, II, 5).

9. Es decisivo que se aumente la sensibilidad para comprender las necesidades de los pobres, en continuo cambio como lo son las condiciones de vida. De hecho, hoy en día, en las zonas económicamente más desarrolladas del mundo, se está menos dispuestos que en el pasado a enfrentarse a la pobreza. El estado de relativo bienestar al que se está acostumbrados hace más difícil aceptar sacrificios y privaciones. Se es capaz de todo, con tal de no perder lo que ha sido fruto de una conquista fácil. Así, se cae en formas de rencor, de nerviosismo espasmódico, de reivindicaciones que llevan al miedo, a la angustia y, en algunos casos, a la violencia. Este no ha de ser el criterio sobre el que se construya el futuro; sin embargo, estas también son formas de pobreza de las que no se puede apartar la mirada. Debemos estar abiertos a leer los signos de los tiempos que expresan nuevas modalidades de cómo ser evangelizadores en el mundo contemporáneo. La ayuda inmediata para satisfacer las necesidades de los pobres no debe impedirnos ser previsores a la hora de poner en práctica nuevos signos del amor y de la caridad cristiana como respuesta a las nuevas formas de pobreza que experimenta la humanidad de hoy.

Deseo que la *Jornada Mundial de los Pobres*, que llega a su quinta edición, arraigue cada vez más en nuestras Iglesias locales y se abra a un movimiento de evangelización que en primera instancia salga al encuentro de los pobres, allí donde estén. No podemos esperar a que llamen a nuestra puerta, es urgente que vayamos nosotros a encontrarlos en sus casas, en los hospitales y en las residencias asistenciales, en las calles y en los rincones oscuros donde a veces se esconden, en los centros de refugio y acogida... Es importante entender cómo se sienten, qué perciben y qué deseos tienen en el corazón. Hagamos nuestras las apremiantes palabras de don Primo Mazzolari: «Quisiera pedirles que no me pregunten si hay pobres, quiénes son y cuántos son, porque temo que tales preguntas representen una distracción o el pretexto para apartarse de una indicación precisa de la conciencia y del corazón. [...] Nunca he contado a los pobres, porque no se pueden contar: a los pobres se

les abraza, no se les cuenta» (*Adesso* n. 7 – 15 abril 1949). Los pobres están entre nosotros. Qué evangélico sería si pudiéramos decir con toda verdad: también nosotros somos pobres, porque sólo así lograremos reconocerlos realmente y hacerlos parte de nuestra vida e instrumentos de salvación.

*Roma, San Juan de Letrán, 13 de junio de 2021,
Memoria litúrgica de san Antonio de Padua.*

Francesco



Tienen siempre con ustedes



HOMILÍA

DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Basílica de San Pedro
IV Jornada Mundial de los Pobres
Domingo XXXIII del Tiempo Ordinario
15 de noviembre de 2020

La parábola que hemos escuchado tiene un comienzo, un desarrollo y un desenlace, que iluminan el principio, el núcleo y el final de nuestras vidas.

El comienzo. Todo inicia con un gran bien: el dueño no se guarda sus riquezas para sí mismo, sino que las da a los siervos; a uno cinco, a otro dos, a otro un talento, «a cada cual según su capacidad» (Mt 25, 15). Se ha calculado que un único talento correspondía al salario de unos veinte años de trabajo: era un bien superabundante, que entonces era suficiente para toda una vida. Aquí está el comienzo: también para nosotros todo empezó con la gracia de Dios —todo, inicia siempre con la gracia, no con nuestras fuerzas— con la gracia de Dios, que es Padre y ha puesto tanto bien en nuestras manos, confiando a cada uno talentos diferentes. Somos portadores de una gran riqueza, que no depende de cuánto poseamos, sino de lo que somos: de la vida que hemos recibido, del bien que hay en nosotros, de la belleza irremplazable que Dios nos ha dado, porque somos hechos a su imagen, cada uno de nosotros es precioso a sus ojos, cada uno de nosotros es único e insustituible en la historia. Así nos mira Dios, así nos trata Dios.

Qué importante es recordar esto: En demasiadas ocasiones, cuando miramos nuestra vida, vemos sólo lo que nos falta y nos quejamos de lo que no tenemos. Entonces cedemos a la tentación del “¡ojalá!”: ¡ojalá tuviera ese trabajo, ojalá tuviera esa casa, ojalá tuviera dinero y éxito, ojalá no tuviera ese problema, ojalá tuviera mejores personas a mi alrededor!... Pero la ilusión del “ojalá” nos impide ver lo bueno y nos hace olvidar los talentos que tene-

mos. Sí, tú no tienes aquello, pero tienes esto, y el “ojalá” hace que olvidemos esto. Pero Dios nos los ha confiado porque nos conoce a cada uno y sabe de lo que somos capaces; confía en nosotros, a pesar de nuestras fragilidades. También confió en aquel siervo que ocultó el talento: Dios esperaba que, a pesar de sus temores, también él utilizara bien lo que había recibido. En concreto, el Señor nos pide que nos comprometamos con el presente sin añoranza del pasado, sino en la espera diligente de su venida. Esa nostalgia fea, que es como un humor crudo, un humor negro que envenena el alma y hace que siempre mire hacia atrás, siempre a los demás, pero nunca a las propias manos, a las posibilidades de trabajo que el Señor nos ha dado, a nuestras condiciones, incluso a nuestra pobreza.

Así llegamos al centro de la parábola: es el trabajo de los sirvientes, es decir, el servicio. El servicio es también obra nuestra, el esfuerzo que hace fructificar nuestros talentos y da sentido a la vida: de hecho, no sirve para vivir el que no vive para servir. Necesitamos repetir esto, repetirlo muchas veces: No sirve para vivir el que no vive para servir. Debemos meditar esto: No sirve para vivir el que no vive para servir. ¿Pero cuál es el estilo de servicio? En el Evangelio, los siervos buenos son los que arriesgan. No son cautelosos y precavidos, no guardan lo que han recibido, sino que lo emplean. Porque el bien, si no se invierte, se pierde; porque la grandeza de nuestra vida no depende de cuánto acaparamos, sino de cuánto fruto damos. Cuánta gente pasa su vida acumulando, pensando en estar bien en vez de hacer el bien. ¡Pero qué vacía es una vida que persigue las necesidades, sin mirar a los necesitados! Si tenemos dones, es para ser nosotros dones para los demás. Y aquí, hermanos y hermanas, nos preguntamos: ¿Sigo las necesidades, solamente, o soy capaz de mirar a los que tienen necesidad? ¿A quién está necesitado? ¿Mi mano es así [abierta] o así [cerrada]?

Cabe destacar que los siervos que invierten, que arriesgan, son llamados «fieles» cuatro veces (vv. 21.23). Para el Evangelio no hay fidelidad sin riesgo. “Pero, Padre, ¿ser cristiano significa correr riesgos?” “Sí, queridos, arriesgar. Si no te arriesgas, terminarás como el tercer siervo: enterrando tus capacidades, tus riquezas espirituales y materiales, todo”. Arriesgar: no hay fidelidad sin riesgo. Ser fiel a Dios es gastar la vida, es dejar que los planes se trastoquen

por el servicio. “Yo tengo este plan, pero si sirvo...”. Deja que se trastoque el plan, tú sirve”. Es triste cuando un cristiano juega a la defensiva, apegándose sólo a la observancia de las reglas y al respeto de los mandamientos. Esos cristianos “comedidos” que nunca dan un paso fuera de las normas, nunca, porque tienen miedo al riesgo. Y estos, permítanme la imagen, estos que se cuidan tanto que nunca se arriesgan, estos comienzan en la vida un proceso de momificación del alma, y terminan siendo momias. Esto no es suficiente, no basa observar las normas; la fidelidad a Jesús no se limita simplemente a no equivocarse; es negativo esto. Así pensaba el sirviente holgazán de la parábola: falta de iniciativa y creatividad, se escondió detrás de un miedo estéril y enterró el talento recibido. El dueño incluso lo calificó como «malo» (v. 26). A pesar de no haber hecho nada malo, pero tampoco nada bueno. Prefirió pecar por omisión antes de correr el riesgo de equivocarse. No fue fiel a Dios, que ama entregarse totalmente; y le hizo la peor ofensa: devolverle el don recibido. “Tú me has dato esto, yo te doy esto”, nada más. En cambio, el Señor nos invita a jugarlosla generosamente, a vencer el miedo con la valentía del amor, a superar la pasividad que se convierte en complicidad. Hoy, en estos tiempos de incertidumbre, en estos tiempos de fragilidad, no desperdiciemos nuestras vidas pensando sólo en nosotros mismos, con esa actitud de indiferencia. No nos engañemos diciendo: «Hay paz y seguridad» (1 Ts 5, 3). San Pablo nos invita a enfrentar la realidad, a no dejarnos contagiar por la indiferencia.

Entonces, ¿cómo podemos servir siguiendo la voluntad de Dios? El dueño le explica esto al sirviente infiel: «Debías haber llevado mi dinero a los prestamistas, para que, al volver yo, pudiera recoger lo mío con los intereses» (v. 27). ¿Quiénes son los “prestamistas” para nosotros, capaces de conseguir un interés duradero? Son los pobres. No lo olviden: los pobres están en el centro del Evangelio; el Evangelio no puede ser entendido sin los pobres. Los pobres tienen la misma personalidad que Jesús, que siendo rico se despojó de todo, se hizo pobre, se hizo pecado, la pobreza más fea. Los pobres nos garantizan un rédito eterno y ya desde ahora nos permiten enriquecernos en el amor. Porque la mayor pobreza que hay que combatir es nuestra carencia de amor. La mayor pobreza para combatir es nuestra pobreza de amor. El Libro de los Proverbios alaba a una mujer laboriosa en el amor, cuyo valor es mayor que

el de las perlas: debemos imitar a esta mujer que, según el texto, «tiende sus brazos al pobre» (Pr 31,20): esta es la mayor riqueza de esta mujer. Extiende tu mano a los necesitados, en lugar de exigir lo que te falta: de este modo multiplicarás los talentos que has recibido.

Se aproxima la Navidad, tiempo de celebraciones. Cuántas veces, la pregunta que mucha gente se hace es: “¿Qué puedo comprar? ¿Qué más puedo tener? Necesito ir a las tiendas a comprar”. Digamos la otra palabra, “¿Qué puedo dar a los demás?”, para ser como Jesús, que se dio a sí mismo y nació propiamente en aquel pesebre.

Llegamos así al final de la parábola: habrá quien tenga abundancia y quien haya desperdiciado su vida y permanecerá siendo pobre (cf. v. 29). Al final de la vida, en definitiva, se revelará la realidad: la apariencia del mundo se desvanecerá, según la cual el éxito, el poder y el dinero dan sentido a la existencia, mientras que el amor, lo que hemos dado, se revelará como la verdadera riqueza. Todo eso se desvanecerá, en cambio el amor emergerá. Un gran Padre de la Iglesia escribió: «Así es como sucede en la vida: después de que la muerte ha llegado y el espectáculo ha terminado, todos se quitan la máscara de la riqueza y la pobreza y se van de este mundo. Y se los juzga sólo por sus obras, unos verdaderamente ricos, otros pobres» (S. Juan Crisóstomo, *Discursos sobre el pobre Lázaro*, II, 3). Si no queremos vivir pobremente, pidamos la gracia de ver a Jesús en los pobres, de servir a Jesús en los pobres.

Me gustaría agradecer a tantos fieles siervos de Dios, que no dan de qué hablar sobre ellos mismos, sino que viven así, sirviendo. Pienso, por ejemplo, en D. Roberto Malgesini. Este sacerdote no hizo teorías; simplemente, vio a Jesús en los pobres y el sentido de la vida en el servicio. Enjugó las lágrimas con mansedumbre, en el nombre de Dios que consuela. En el comienzo de su día estaba la oración, para acoger el don de Dios; en el centro del día estaba la caridad, para hacer fructificar el amor recibido; en el final, un claro testimonio del Evangelio. Este hombre comprendió que tenía que tender su mano a los muchos pobres que encontraba diariamente porque veía a Jesús en cada uno de ellos. Hermanos y hermanas: Pidamos la gracia de no ser cristianos de palabras, sino en los hechos. Para dar fruto, como Jesús desea. Que así sea.



LECTIO DIVINA

Primera propuesta

«A LOS POBRES LOSTIENEN SIEMPRE CON USTEDES»

(Mc 14,7)

LECTIO

Mc 14,1-11

«Faltaban dos días para la fiesta de la Pascua y de los panes Ácimos. Los sumos sacerdotes y los escribas buscaban la manera de arrestar a Jesús con astucia, para darle muerte. Porque decían: “No lo hagamos durante la fiesta, para que no se produzca un tumulto en el pueblo”. Mientras Jesús estaba en Betania, comiendo en casa de Simón el leproso, llegó una mujer con un frasco lleno de un valioso perfume de nardo puro, y rompiendo el frasco, deramó el perfume sobre la cabeza de Jesús. Entonces algunos de los que estaban allí se indignaron y comentaban entre sí: “¿Para qué este derroche de perfume? Se hubiera podido vender por más de trescientos denarios para repartir el dinero entre los pobres”. Y la criticaban. Pero Jesús dijo: “Déjenla, ¿por qué la molestan? Ha hecho una buena obra conmigo. A los pobres los tendrán siempre con ustedes y podrán hacerles bien cuando quieran, pero a mí no me tendrán siempre. Ella hizo lo que podía; ungió mi cuerpo anticipadamente para la sepultura. Les aseguro que allí donde se proclame el Evangelio, en todo el mundo, se contará también en su memoria lo que ella hizo”. Entonces Judas Iscariote, uno de los Doce, fue a ver a los sumos sacerdotes para entregarles a Jesús. Al oírlo, ellos se alegraron y prometieron darle dinero. Y Judas buscaba una ocasión propicia para entregarlo».

«A los pobres los tendrán siempre con ustedes y podrán hacerles bien cuando quieran, pero a mí no me tendrán siempre».

Para interpretar el enigmático dicho de Jesús en Mc 14,7, es de importancia decisiva leerlo en el contexto del conjunto semiótico en el que se sitúa, es decir, el relato de la pasión y muerte de Jesús (Mc 14,1 - 15,47), un relato que desempeña un papel tan predominante en los Evangelios que se les ha dado la famosa definición de “relatos de la pasión de Jesús precedidos de una extensa introducción”.

El dicho de Mc 14,7 se encuentra al principio del relato de la pasión, en la sección constituida por Mc 14,1-11, en la que el evangelista hace un paralelismo entre la preparación de la Pascua de los dos mundos opuestos, el de Jesús y el de Satanás, el de la luz y el de las tinieblas: «Faltaban dos días para la fiesta de la Pascua y de los panes Acimos. Los sumos sacerdotes y los escribas buscaban (imperfecto conativo e interactivo: expresa palabras, reuniones, maniobras múltiples e insistentes para conseguir antes de la Pascua el asesinato del Mesías-Hijo) la manera de arrestar a Jesús con astucia, para darle muerte. Porque decían: “No lo hagamos durante la fiesta, para que no se produzca un tumulto en el pueblo”» (Mc 14,1-2).

Esta es la preparación para la Pascua por parte del campo de las tinieblas, por parte de aquellos que han decidido rechazar al Mesías-Hijo y servir bajo la bandera del príncipe de las tinieblas.

Inmediatamente después, en una sinopsis, Marcos presenta la preparación pascual de Jesús y sus discípulos: «Mientras Jesús estaba en Betania, comiendo en casa de Simón el leproso, llegó una mujer con un frasco lleno de un valioso perfume de nardo puro, y rompiendo el frasco, derramó el perfume sobre la cabeza de Jesús» (Mc 14, 3).

La pertenencia a uno u otro bando no se adquiere de una vez por todas, sino que siempre se expone de nuevo a la dramática elección de la libertad humana. De hecho, uno de los Doce, Judas Iscariote, expresa su rechazo a Jesús con palabras insensatas, preludio de la traición que pronto sufrirá: «Algunos (entre los que, a la luz de Jn 12,4-5, se encuentra probablemente Judas Iscariote) de los que estaban allí se indignaron y comentaban entre sí: “¿Para qué este derroche de perfume? Se hubiera podido vender por más de trescientos denarios para repartir el dinero entre los pobres”. Y la criticaban (sin hablar abiertamente pero con miradas y murmullos)» (Mc 14,4-5).

Es ante la ceguera deliberada respecto al significado del gesto realizado por la mujer que Jesús interviene, pronunciando la frase que está en el centro de esta meditación: «Entonces Jesús dijo: “Déjenla, ¿por qué la molestan? Ha hecho una buena obra conmigo. A los pobres los tendrán siempre con ustedes y podrán hacerles bien cuando quieran, pero a mí no me tendrán siempre”» (Mc 14,6-7).

Es imposible sobrestimar la importancia de la declaración de Jesús considerando lo que sigue: Entonces (Kái) Judas Iscariote, uno de los Doce, fue a ver (el aoristo apélthen indica, en primer lugar, el alejamiento libre y voluntario de Jesús y del Colegio de los Doce y, después, la adhesión igualmente libre al partido de los enemigos de Jesús; la Vulgata es muy precisa: “abiit ad summos sacerdotes”). a los sumos sacerdotes para entregarles a Jesús. Al oírlo, ellos se alegraron y prometieron darle dinero. Y Judas buscaba una ocasión propicia para entregarlo» (Mc 14, 10-11).

El Kái de Mc 14, 10 no permite afirmar categóricamente una relación causal directa entre lo ocurrido y la decisión final de Judas de traicionarlo. Sin embargo, no debe excluirse la posibilidad, sobre la base del axioma post hoc propter hoc. Esto es lo que cree San Beda el Venerable: «infelix Iudas damnium quod ex effusione unguenti fecisse credebat, vult Magistri pretio compensare - el desafortunado Judas quiere compensar con el precio del Maestro el daño que en su opinión había causado la efusión del ungüento».

Según Mt 26,15, le dieron treinta monedas de plata, es decir, treinta didracmas o siclos del Templo, el precio establecido por la Torá para la vida de un esclavo (Ex 21,32). Treinta didracmas del Templo equivalían a 60 denarios, por lo tanto, Judas queda muy por debajo del precio del perfume: «El diablo te promete muchas cosas pero a la hora de pagar paga mal, es un mal pagador. Pero tiene esa capacidad de seducir, de encantar...», recordó el Papa Francisco en su homilía en Santa Marta el 14 de septiembre de 2015.

Además, al final de la sección de Mc 14,1-11 hay una trágica correspondencia entre el pensamiento y la actuación de los dirigentes descritos en Mc 14,1 y el pensamiento y la actuación de Judas Iscariote en Mc 14,10: «buscaban la manera de arrestar a Jesús con astucia, para darle muerte... Judas Iscariote, uno de los Doce, fue a ver a los sumos sacerdotes para entregarles a Jesús» (Mc 14, 1. 10).

Es evidente que en el centro de la escena inicial de la pasión de Marcos (Mc 14,1-11) está el gesto de la mujer que unge la cabeza de Jesús. Las palabras y las acciones de todos los demás personajes están polarizadas por este gesto que, por lo tanto, es crucial para captar el significado de lo que está sucediendo.

MEDITATIO

Detengámonos, pues, en la acción realizada por la mujer. En primer lugar, la acción manifiesta el inmenso amor y la absoluta devoción de la mujer hacia Jesús. Si, en efecto, se acostumbraba a unguir las cabezas de los comensales ilustres (Sal 23,5), esto se hacía generalmente con aceite de oliva, y no ciertamente con el perfume de nardo que valía trescientos denarios, suma equivalente al salario anual de un trabajador. Ante el escándalo de algunos de los presentes, entre ellos probablemente el discípulo traidor, Jesús revela el valor profético del gesto en relación con su pasión, muerte y sepultura.

La referencia al entierro anticipado y al evangelio incluye en la profecía también y sobre todo la buena nueva de la resurrección: «Ella hizo lo que podía; ungió mi cuerpo anticipadamente para la sepultura. Les aseguro que allí donde se proclame el Evangelio, en todo el mundo, se contará también en su memoria lo que ella hizo» (Mc 14, 8-9).

La valiente mujer de Betania, a la que el propio Jesús vincula inseparablemente a la memoria kerigmática de su muerte y resurrección, es el primero de los personajes positivos que salpican el camino de Jesús hacia la cruz (el joven vestido con una sábana blanca que tímidamente intenta seguir a Jesús hasta su arresto en Getsemaní, La esposa de Pilato, Simón de Cirene, las mujeres piadosas, el buen ladrón, María de Magdala, la Madre de Jesús, el discípulo amado y las mujeres bajo la cruz, el centurión romano, José de Arimatea y Nicodemo).

Al igual que otras figuras femeninas de los evangelios, a excepción de la sirofenicia de habla griega, que en Mc 7,24-30 demuestra una gran capacidad dialéctica, es un personaje silencioso que confía toda su elocuencia a las acciones que realiza: «Esta mujer anónima, destinada quizá por esto a representar a todo el universo femenino que a lo largo de los siglos no tendrá voz y sufrirá violencia, inauguró la significativa presencia de las mujeres que participan en el momento culminante de la vida de Cristo: su crucifixión, muerte y sepultura, y su aparición como Resucitado. Las mujeres, tan a menudo di-

scriminadas y mantenidas al margen de los puestos de responsabilidad, en las páginas de los Evangelios son, en cambio, protagonistas en la historia de la revelación» (Francisco, *Mensaje para la V Jornada Mundial de los Pobres*, 14 de noviembre de 2021, 1).

Jesús alaba su sencillez y pureza de corazón, que le permiten renunciar al todo aparente para dirigirse sin respeto humano al verdadero todo, como la viuda que echa su ofrenda en el tesoro del templo (Mc 12,44: «ella desde su pobreza echó todo lo que tenía, toda su comida») y destaca el significado profético de su acción, indicada como una unción funeraria anticipada, ya que Jesús resucitará antes de que su cuerpo reciba la unción ritual judía: «Pasado el sábado, María Magdalena, María, la madre de Santiago, y Salomé compraron perfumes para ungir el cuerpo de Jesús... Pero al mirar, vieron que la piedra había sido corrida; era una piedra muy grande» (Mc 16, 1. 4).

A la luz de estos elementos contextuales se entiende mejor la frase «A los pobres los tienen siempre con ustedes» de Mc 14,7.

Mientras que Judas, al unirse a los adversarios de Jesús, se sitúa en el lado de las tinieblas, Jesús indica que, en cambio, esa mujer y los pobres que evocó se asocian con él en el campo de la luz: «No es casualidad que esta dura crítica salga de la boca del traidor, es la prueba de que quienes no reconocen a los pobres traicionan la enseñanza de Jesús y no pueden ser sus discípulos» (Francisco, *Mensaje para la V Jornada Mundial de los Pobres*, 1).

En el centro está el misterio de Jesús, Mesías e Hijo (Mc 1,1), el misterio de su persona y su mesianidad, que se revela no según criterios de gloria y poder mundanos, sino en el sacrificio y la entrega de sí mismo hasta la cruz.

Los pobres se revelan así como el “lugar” privilegiado de la revelación de Dios al hombre y sobre el hombre: «Los *pobres* de cualquier condición y de cualquier latitud nos evangelizan, porque nos permiten redescubrir de manera siempre nueva los rasgos más genuinos del rostro del Padre... Los creyentes, cuando quieren ver y palpar a Jesús en persona, saben a dónde dirigirse: los pobres son sacramento de Cristo, representan su persona y remiten a él» (Francisco, *Mensaje para la V Jornada Mundial de los Pobres*, 2-3).

ORATIO - CONTEMPLATIO

«A los pobres los tienen siempre con ustedes» es una afirmación que abre la mente de los discípulos de todas las épocas para que se den cuenta de que el método de Jesús no cambiará. Seguirá siendo el de la encarnación, con las virtudes, actitudes y posturas que le corresponden: humildad, pobreza, entrega de sí, sacrificio. Su cuerpo ofrecido en la cruz será glorificado y ya no podrá ser alcanzado en su realidad prepasual por los gestos de atención, cuidado y amor de los discípulos, sino que seguirá siendo tangible en los cuerpos de los pobres, en la carne de la humanidad necesitada de cuidados y salvación: «Jesús les recuerda que el primer pobre es Él, el más pobre entre los pobres, porque los representa a todos. Y es también en nombre de los pobres, de las personas solas, marginadas y discriminadas, que el Hijo de Dios aceptó el gesto de aquella mujer» (Francisco, *Mensaje para la V Jornada Mundial de los Pobres*, 1).

Los testimonios de los santos, en particular San Martín de Tours, San Francisco de Asís, Santa Catalina de Siena, San Vicente de Paúl, San Camilo de Lellis, Santa Teresa de Calcuta y San Damián de Veuster, el santo apóstol de los leprosos, mencionado por el Papa en su mensaje del n. 3, nos muestran que con su «A los pobres los tendrán siempre con ustedes y podrán hacerles bien cuando quieran, pero a mí no me tendrán siempre», Jesús no amenaza con alejarse, sino que preanuncia su paso decisivo a la gloria pasual.

La gloria de la Resurrección nace de la humildad de la Encarnación y de la humillación de la Cruz. La gloria del cuerpo resucitado del Mesías-Hijo se nos revela en la verdad sacramental de la Eucaristía y en la verdad existencial de los miembros sufrientes de la Iglesia, su cuerpo místico y de toda criatura humana.

En uno de sus poemas, Vigilia Pascual 1966, San Juan Pablo II expresa, con gran intensidad, el drama de la búsqueda del cuerpo de Cristo en la historia, conjugando la contemplación de la Pascua de Cristo con la meditación sobre el sentido de la historia polaca y universal: «No separes a los hombres del Hombre que se hizo Cuerpo de su historia: / ¡el ser humano no será salvado por las cosas, sino sólo por el Hombre! / Yo te invoco y te busco, Hombre - en quien / la historia humana puede encontrar su Cuerpo. / ... / Hombre - a

Ti siempre vengo - siguiendo el escaso río de la historia, / yendo al encuentro de cada corazón, al encuentro de cada pensamiento / (historia - un cúmulo de pensamientos y muerte de los corazones). / Busco por toda la historia Tu Cuerpo, / busco Tu profundidad» (Cf. K. Wojtyła, “*Veglia Pasquale 1966*”, Tutte le opere letterarie, Poesie, drammi e scritti sul teatro, Bompiani, Milano 2001, pp. 207-209).

El Cuerpo de Jesús no podrá ser tocado y asistido en su condición terrena sino buscándolo en los cuerpos de los pobres, que están siempre con nosotros como la manifestación terrena de su condición gloriosa y, en su misma persona, el kairói de la gloria eterna del Hijo de Dios: «Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria rodeado de todos los ángeles, se sentará en su trono glorioso. Todas las naciones serán reunidas en su presencia, y él separará a unos de otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos, y pondrá a aquellas a su derecha y a estos a su izquierda. Entonces el Rey dirá a los que tenga a su derecha: “Vengan, benditos de mi Padre, y reciban en herencia el Reino que les fue preparado desde el comienzo del mundo, porque tuve hambre, y ustedes me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber; estaba de paso, y me alojaron; desnudo, y me vistieron; enfermo, y me visitaron; preso, y me vinieron a ver”. Los justos le responderán: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos de paso, y te alojamos; desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o preso, y fuimos a verte?”. Y el Rey les responderá: “Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo”» (Mt 25, 31-40)

Acogiendo la venida del Señor en las circunstancias de cada día, nos orientamos hacia su Parusía, cuando el tiempo de cada hombre en particular y el tiempo de la historia en su conjunto entrarán en la eternidad de Dios.

En el grandioso fresco del Juicio Final de la Capilla Sixtina, Miguel Ángel Buonarroti representó a Cristo, Señor y Juez de la historia, con las heridas del Crucificado. El Rey y Señor del universo lleva para siempre las marcas de su amor por nosotros: «¡Es extraño y maravilloso tener un Juez crucificado por mí!» (G. Moioli).

Seremos juzgados por aquel que fue crucificado para nuestra salvación, seremos juzgados por aquel que eligió para sí la cruz, el último y más bajo lugar.

Que la Santísima Virgen, humilde sierva, acogedora Madre del Verbo en

la Anunciación, bajo la Cruz y a la espera de la plenitud del Espíritu Santo, nos ayude a caminar por la senda de la pobreza y de la humildad de su Hijo, reconociendo precisamente en la pobreza la “forma” a partir de la cual se renueva y se da vigor a la “reforma” a la que estamos llamados a tender con todas nuestras fuerzas, tanto en el plano personal como en el eclesial: «Como Cristo realizó la obra de la redención en pobreza y persecución, de igual modo la Iglesia está destinada a recorrer el mismo camino a fin de comunicar los frutos de la salvación a los hombres. Cristo Jesús, “existiendo en la forma de Dios..., se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo” (Flp 2,6-7), y por nosotros “se hizo pobre, siendo rico” (2 Co 8,9); así también la Iglesia, aunque necesite de medios humanos para cumplir su misión, no fue instituida para buscar la gloria terrena, sino para proclamar la humildad y la abnegación, también con su propio ejemplo. Como Cristo fue enviado por el Padre a “evangelizar a los pobres y levantar a los oprimidos” (Lc 4,18), “para buscar y salvar lo que estaba perdido” (Lc 19,10); así también la Iglesia abraza con su amor a todos los afligidos por la debilidad humana; más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente, se esfuerza en remediar sus necesidades y procura servir en ellos a Cristo» (Conc. Vat. II, Const. dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 8).

Haciéndose eco de las palabras del Concilio, al inicio de su ministerio petrino, el 16 de marzo de 2013, explicando por qué había elegido el nombre de pobrecillo de Asís, el Papa exclamó: «¡Ah, cómo quisiera una Iglesia pobre y para los pobres!».

Del Salmo 40 (39)

Yo esperaba con ansia al Señor;
él se inclinó y escuchó mi grito;

me levantó de la fosa fatal,
de la charca fangosa;
afianzó mis pies sobre roca,
y aseguró mis pasos;

me puso en la boca un cántico nuevo,
un himno a nuestro Dios.
Muchos, al verlo, quedaron sobrecogidos
y confiaron en el Señor.

Dichoso el hombre que ha puesto
su confianza en el Señor,
y no acude a los idólatras,
que se extravían con engaños.

¡Cuántas maravillas has hecho,
Señor, Dios mío,
cuántos planes en favor nuestro!
Nadie se te puede comparar:
intento proclamarlas, decirlas,
pero superan todo número.

Tú no quieres sacrificios ni ofrendas,
y, en cambio, me abriste el oído;
no pides sacrificio expiatorio,
entonces yo digo: «Aquí estoy
-como está escrito en mi libro-
para hacer tu voluntad».

Dios mío, lo quiero,
y llevo tu ley en las entrañas.
Alégrense y gocen contigo
todos los que te buscan;
digan siempre: «Grande es el Señor»,
los que desean tu salvación.

Yo soy pobre y desdichado,
pero el Señor cuida de mí;
tú eres mi auxilio y mi liberación:
Dios mío, no tardes.

EL COMENTARIO

«A los pobres los tienen siempre con ustedes» (Mc 14,7)

El Papa Francisco escribe al comienzo de su *Mensaje para la V Jornada Mundial de los Pobres*: «“A los pobres los tienen siempre con ustedes” (Mc 14,7). Jesús pronunció estas palabras en el contexto de una comida en Betania, en casa de un tal Simón, llamado “el leproso”, unos días antes de la Pascua. Según narra el evangelista, una mujer entró con un frasco de alabastro lleno de un perfume muy valioso y lo derramó sobre la cabeza de Jesús. Ese gesto suscitó gran asombro y dio lugar a dos interpretaciones diversas» (n. 1), que el propio Papa ilustra. En primer lugar, la indignación de los presentes: «¿Para qué este derroche de perfume? Se hubiera podido vender por más de trescientos denarios para repartir el dinero entre los pobres» (Mc 14, 4-5). Por otro lado, está la lectura de Jesús: «Déjenla, ¿por qué la molestan? Ha hecho una buena obra conmigo» (Mc 14, 6). Luego añade: «A los pobres los tendrán siempre con ustedes» (Mc 14, 7). En resumen, como dice el Papa: «El primer pobre es Jesús, el más pobre entre los pobres, porque los representa a todos» (n. 1).

Pero antes de meditar otros aspectos del Mensaje, sigamos la trama de este relato evangélico, una especie de profecía situada al inicio de la Pasión, que concluirá con la unción faltante al cuerpo de Jesús por las mujeres discípulas, que encontrarán el sepulcro vacío (cf. Mc 16,1-4). Durante su última Pascua terrenal, Jesús dejó Jerusalén y el templo donde enseñaba por la tarde para retirarse a Betania, en el Monte de los Olivos (cf. Mc 11,11.19). Betania, “casa del pobre”, es el pueblo donde vivían Lázaro, Marta y María, pero aquí Jesús es el huésped de un tal Simón, un leproso, un impuro al que la Ley prohibía incluso sentarse a la mesa. Jesús va hacia su pasión como siempre había vivido, compartiendo su vida con los pobres y los marginados.

Mientras Él está a la mesa, como se prescribe para la fiesta de la Pascua, llega inesperadamente una mujer. Ella, sin hablar, profetiza con un gesto muy elocuente, con una acción altamente simbólica. Lleva consigo un frasco de alabastro que contiene perfume de nardo, costoso y muy puro. Entra, se acerca a Jesús, rompe el cuello del frasco y derrama el perfume sobre su cabeza

(cf. Mc 14,3). ¿Por qué lo hace? No lo sabemos, sólo entendemos que un gesto así sólo puede hacerse por amor. La intuición profundamente femenina nacida del amor la impulsa a dar al maestro de Nazaret una señal de afecto y consuelo, como si le dijera: “Te unjo con perfume para mostrar mi deseo de que tu cuerpo no se corrompa después de la muerte”. Precioso perfume derramado, como el cuerpo de Jesús será entregado y su sangre derramada. En esa penumbra vespertina, aquella mujer anónima celebra el amor, profetizando que Jesús está a punto de dar su vida amando “hasta el final” (Jn 13,1).

Sigue, como decíamos, el escándalo por parte de los presentes, que se indignan con la mujer. Ellos no conocen el amor: no aman a Jesús, pero sobre todo no saben discernir en él al pobre por excelencia, que va hacia la pasión y la muerte. En cambio, la interpretación opuesta del signo dada por Jesús, que ya hemos mencionado, sabe ver en el comportamiento concreto de la mujer “una acción buena y bella” (*kalòn érgon*). Como diría más tarde el discípulo amado: «Hijos míos, no amemos de palabra y con la lengua, sino con las obras y de verdad» (1Jn 3,18). Gran discernimiento por parte de esta mujer: «Ella hizo todo lo que podía» (Mc 14,8); como la pobre viuda que, al echar dos monedas en el tesoro del templo, provocó el comentario de Jesús: “Depositó todo lo que poseía, todo lo que tenía para vivir” (Mc 12,44).

Las palabras del Papa comentando todo el relato son especialmente elocuentes: «Esta fuerte “empatía” entre Jesús y la mujer, y el modo en que Él interpretó su unción... abre un camino fecundo de reflexión sobre el vínculo inseparable que hay entre Jesús, los pobres y el anuncio del Evangelio. El rostro de Dios que Él revela, de hecho, es el de un Padre para los pobres y cercano a los pobres. Toda la obra de Jesús afirma que la pobreza no es fruto de la fatalidad, sino un signo concreto de su presencia entre nosotros. No lo encontramos cuando y donde quisiéramos, sino que lo reconocemos en la vida de los pobres, en su sufrimiento e indigencia, en las condiciones a veces inhumanas en las que se ven obligados a vivir. No me canso de repetir que los pobres son verdaderos evangelizadores porque fueron los primeros en ser evangelizados y llamados a compartir la bienaventuranza del Señor y su Reino (cf. Mt 5,3)» (n. 2).

Un compartir recíproco: los pobres han participado de la bendición del Señor y de su Reino, como Jesús ha participado de su misma suerte (cf. Men-

saje 3). Y esta correspondencia también se abre para nosotros que meditamos aquí y ahora el Evangelio: «Necesitamos, pues, adherirnos con plena convicción a la invitación del Señor: “Conviértanse y crean en la Buena Noticia” (Mc 1,15). Esta conversión consiste, en primer lugar, en abrir nuestro corazón para reconocer las múltiples expresiones de la pobreza y en manifestar el Reino de Dios mediante un estilo de vida coherente con la fe que profesamos. A menudo los pobres son considerados como personas separadas, como una categoría que requiere un particular servicio caritativo. Seguir a Jesús implica, en este sentido, un cambio de mentalidad, es decir, acoger el reto de compartir y participar» (n. 4).

Entonces, como ocurrió aquella tarde con la mujer de Betania, podremos experimentar que el verdadero nombre de la pobreza es compartir, ese «compartir [que] genera fraternidad» (n. 3). Este es el rostro concreto de la fraternidad: el compartir fraterno, practicado en las formas y maneras que se discernen como buenas en cada caso. A este respecto, léanse los famosos “sumarios” de los Hechos de los Apóstoles (cf. Hch 2,42-45; 4,32-35; 5,12-16) en los que, entre otras cosas, se atestigua que en la primitiva comunidad cristiana, gracias al hecho de compartir los bienes, “nadie entre ellos pasaba necesidad” (Hch 4,34). El cristiano es, por tanto, un hombre o una mujer que se esfuerza por eliminar la situación de necesidad que hace sufrir a su hermano o hermana: esto sucedía en las diversas formas de compartir practicadas por las comunidades primitivas, esto ha sucedido a lo largo de la historia de la Iglesia, esto debe suceder todavía hoy. Que el ejemplo de la mujer de Betania y la praxis constante de Jesús, el pobre por excelencia, nos iluminen en este camino.





LECTIO DIVINA

Segunda propuesta

«NUNCA DEJARÁ DE HABER POBRES
EN LA TIERRA...»

(Dt 15,11)

LECTIO

Dt 15,1-15

Cada siete años harás la remisión. Esta será la norma de la remisión: todo acreedor perdonará la deuda del préstamo hecho a su prójimo. No apremiará a su prójimo o hermano, pues ha sido proclamada la remisión del Señor. Podrás apremiar al extranjero, pero lo que hayas prestado a tu hermano lo perdonarás. En realidad, no habrá ningún pobre entre los tuyos —pues el Señor te colmará de bendiciones en la tierra que el Señor, tu Dios, va a darte en herencia para que la poseas— a condición de que escuches atentamente la voz del Señor, tu Dios, observando y cumpliendo todo lo que yo te mando hoy. Porque el Señor, tu Dios, te bendecirá, como te ha dicho: prestarás a muchas naciones, y no pedirás prestado; dominarás a muchas naciones, y no te dominarán. Cuando haya entre los tuyos un pobre, entre tus hermanos, en una de tus ciudades, en la tierra que va a darte el Señor, tu Dios, no endurezcas tu corazón ni cierras tu mano a tu hermano pobre, sino que le abrirás tu mano y le prestarás a la medida de su necesidad. Guárdate de decir en tu corazón esta palabra mezquina: “Se acerca el año séptimo, año de la remisión”, mirando así con malos ojos a tu hermano pobre y no dándole nada, pues él gritará al Señor contra ti y tú incurrirás en delito. Dale generosamente, sin que se sienta mal tu corazón por darle, pues por esa acción bendecirá el Señor, tu Dios, todas tus empresas y todas tus tareas. Nunca dejará de haber pobres en la tierra; por eso, yo te mando: “Abre tu mano a tu hermano, al indigente, al pobre de tu tierra”. Si tu hermano, hebreo o hebrea, se vende a ti, te servirá seis años, y al séptimo lo dejarás libre. Cuando lo dejes libre, no lo despaches con las manos vacías. Abastécele de bienes de tu rebaño, de tu era y tu lagar, le darás de aquello con que te ha bendecido el Señor tu Dios. Recuerda que fuiste esclavo en la tierra de Egipto y que el Señor, tu Dios, te rescató. Por eso yo te mando hoy esto.

MEDITATIO

«A los pobres los tienen siempre con ustedes» (Mc 14,7). Esta afirmación constituye una promesa y, al mismo tiempo, una advertencia que el Señor realiza ante la inminencia de su pasión, muerte y resurrección y que debe interpelar a sus discípulos en todo momento. Desde el principio de su historia, la Iglesia ha experimentado la verdad de estas palabras. Ya en la primera comunidad de Jerusalén se menciona la presencia de algunos hermanos indigentes, cuyas necesidades eran atendidas por creyentes adinerados que, bajo la dirección de los apóstoles, compartían sus bienes (Hch 2,45; 4,34-35). Pablo también se preocupó por los pobres de la iglesia de Jerusalén mediante la colecta que organizó entre las comunidades de Acaya y Macedonia (Rm 15, 25-27; 2Co 8, 1; 9, 1-15; Gál 2, 10). Igualmente, el apóstol Santiago exhorta a sus destinatarios a mostrar su fe ocupándose de los más necesitados (Sant 2, 5-6, 14-17). En cada época, la presencia de los hermanos más pobres ha caracterizado la vida de las comunidades cristianas y, en nuestro tiempo, la pandemia ha puesto de manifiesto la actualidad de las palabras de Jesús.

Estas palabras resuenan como una promesa cuando se consideran en el contexto en el que se pronuncian. A los que reprochan a la mujer de Betania haber desperdiciado el precioso perfume para ungir su cabeza, Jesús les recuerda que los pobres siempre permanecerán al alcance de su vida cotidiana, mientras que su experiencia terrenal está llegando a su fin (Mc 14,7). La afirmación de Jesús no debe malinterpretarse como si él presentase el servicio recibido como una alternativa al de los pobres. Más bien, al anunciar la continua presencia de los últimos en el tiempo futuro, Jesús indica que cuando él ya no esté físicamente presente entre los suyos, éstos podrán seguir encontrándolo y sirviéndolo en los últimos. Junto a la Eucaristía, que Jesús instituirá unos días después de la comida en Betania (Mc 14, 12-26) y en la que permanece presente para siempre en su Iglesia, los pobres son un lugar privilegiado de encuentro con Él. Por otra parte, no se puede amar el cuerpo eucarístico del Señor si no se honra su cuerpo místico, la Iglesia, especialmente en sus miembros más débiles (1Cor 11, 17-32). En el bien realizado en favor de los últimos, los discípulos podrán manifestar su amor por el Señor, recordando sus palabras: «Todo lo que hicieron a uno solo de mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicieron» (Mt 25, 40).

Además de ser una promesa de su futura presencia entre los suyos, las palabras de Jesús son una fuerte advertencia para ellos. Jesús no hace un comentario descriptivo sobre el fenómeno de la pobreza, para resignarse a saber que no puede hacer nada para mejorar la situación de necesidad en que se encuentran los pobres. Más bien, la declaración de Jesús debería ser un recordatorio constante para cada creyente y comunidad de que están llamados a trabajar con todos los medios para superar cualquier forma de indignidad que mortifique la vida humana. El hecho de que las palabras de Jesús no implican en modo alguno desentendimiento o pasividad queda confirmado por su trasfondo veterotestamentario, que se encuentra en el mandato de Dt 15, 11: «Nunca dejará de haber pobres en la tierra; por eso, yo te mando: “Abre tu mano a tu hermano, al indigente, al pobre de tu tierra”». La advertencia de Jesús es, pues, una llamada a la responsabilidad hacia los pobres y no admite demora ni delegación.

El contenido de la afirmación de Jesús en Mc 14,7 es aún más evidente si se considera el perfil de cada uno de los personajes que aparecen en el relato de la comida en Betania (Mc 14, 3-9). El centro de la escena lo ocupa ciertamente Jesús, invitado a la casa de un tal Simón el leproso. Dada la condición de marginación social en la que estaban condenados a vivir los leprosos (Lv 13, 45-46), es poco probable que este hombre siguiera padeciendo dicha enfermedad, sin embargo, es posible que hubiese sido curado de ella. Esta breve mención de la identidad del propietario de la casa sugiere el cuidado y la atención de Jesús por los últimos: de hecho, aunque estuviera curado, un leproso habría tenido que luchar para reintegrarse en la sociedad. Al aceptar la invitación de este hombre a comer, Jesús muestra su cercanía a él. Él sabe estar cerca de los pobres porque él mismo vive en esa condición. A este respecto, no hay que olvidar que el episodio de Betania se inserta entre el relato de las conspiraciones de los jefes contra Jesús, que con engaños intentan hacerlo morir (Mc 14, 1-2), y el de la traición de Judas (Mc 14, 10-11). En este marco, Jesús se presenta como aquel que comparte la suerte de los que son víctimas de la injusticia, la mentira y el abandono y que se hace semejante a ellos convirtiéndose en un sumo sacerdote misericordioso y fiel (Heb 2, 17). Así, de rico que era, se hizo pobre para enriquecer a los hombres mediante su pobreza (2Cor 8, 9). Precisamente porque Jesús comparte su condición, los pobres prolongarán su presencia en el mundo incluso después de su muerte.

ORATIO - CONTEMPLATIO

Con la unción de la cabeza de Jesús, la mujer anónima realiza una acción que la hace cercana a la situación de sufrimiento que está por vivir Jesús. Probablemente ella sólo quería realizar un simple acto de cortesía que era habitual a los invitados a un banquete (cf. Sal 23, 5; Lc 7, 46). Pero, según la interpretación de Jesús, su gesto se convierte en una profecía de la muerte y sepultura del Maestro (Mc 14, 8). En este sentido, su buena obra expresa una atención hacia Jesús “pobre” en el momento mismo en que se prepara para vivir su pasión. Al igual que Jesús ofrecerá su vida en la cruz, la mujer expresa esta cercanía con un gesto de donación. Ella se acerca a Jesús y extiende sobre su cabeza aceite perfumado de nardo auténtico, cuyo valor es estimado por los presentes en trescientos denarios, correspondientes a un año de salario. Como ocurría a menudo en la antigüedad, esos preciosos ungüentos se guardaban en recipientes igualmente preciosos, como el vaso de alabastro del que habla el evangelista. Para ungir a Jesús, la mujer rompe este frasco. Este es un detalle que da un carácter de totalidad a la ofrenda de la mujer: no pretende quedarse con nada del precioso ungüento, lo “desperdicia” enteramente para Jesús. Destaca así la generosidad de su gesto, similar a la magnanimidad de la viuda alabada por Jesús ante el tesoro del templo, donde ella había echado todo lo que tenía para vivir (Mc 12,44). Aunque no vive en la pobreza, como sugiere la posesión de un ungüento tan precioso, sabe hacerse cercana a Jesús con su generosidad. Su gesto adquiere un significado que va más allá de la singularidad histórica del momento en que se realiza: allí donde se predique el Evangelio, su buena obra será recordada en su memoria (Mc 14,9). La atención generosa a los pobres es una continuación del anuncio evangélico inaugurado por Jesús: no es casualidad que el servicio a los últimos se convierta a menudo en el testimonio más eficaz del Evangelio. Quienes aman al Señor en los pobres se convierten en Buena Noticia, Evangelio vivo que crece junto a quienes lo encarnan a lo largo de la historia.

El gesto realizado por la mujer no es comprendido por los presentes: el precioso unguento podría haber sido vendido y lo recaudado entregado como limosna. Al parecer, su queja es legítima, sobre todo en la antesala de la fiesta de la Pascua, cuando la piedad judía recomendaba una especial generosidad con los pobres (cf. Jn 13,27-29). Sin embargo, una doble consideración pone de manifiesto lo inapropiado de su actitud. En primer lugar, hablan de los pobres, pero a diferencia de Jesús y la mujer, no hacen ningún gesto de proximidad o generosidad. De nada sirve hablar de los últimos si no se está dispuesto a actuar de forma concreta y en primera persona para paliar la indigencia en la que viven. No el que dice, sino el que hace la voluntad del Padre entrará en el reino de los cielos (cf. Mt 7,21). Además, el motivo de la improcedencia de la indignada reprimenda de los asistentes lo indica el propio Jesús (Mc 14,7): ellos no se dan cuenta de la trama mortal que se está tejiendo en torno a la vida de Jesús y, por tanto, no saben discernir el sentido profético del gesto de la mujer. La pobreza no es nunca una condición que deba buscarse lejos de la vida cotidiana, ni los pobres son un concepto abstracto sobre el que se deban construir complejas teorías asistenciales o que se deban recordar hipócritamente sólo en las grandes ocasiones, ya sean sociales o religiosas. La atención a los pobres parte más bien de la capacidad de ser conscientes de las necesidades de los hermanos y hermanas que encontramos en nuestra vida cotidiana, de una mirada permanente a quienes, a menudo con una dignidad conmovedora, experimentan sufrimientos que requieren comprensión, cercanía, afecto y oración.

Pobres...

Los hemos encontrado en los campos de refugiados de África, América, Asia, pero también en Europa y Oceanía.

Hemos estrechado sus manos en nuestros centros de escucha, en los hospitales e institutos, en los comedores sociales y en los asilos.

Hemos entrecruzado sus miradas en las cárceles, en las periferias y en medio de los campos, ya sean fértiles o áridos, esteparios o desérticos.

Hemos percibido el olor de los basureros, de las barriadas, de las aceras, en las que se ven obligados a vivir. Directa o indirectamente.

En persona o a través de testimonios o proyectos de las iglesias locales, personas, comunidades.

Te hemos observado, escuchado, olido, tocado, incluso saboreado, en tantos lugares y contextos. Con todos nuestros cinco sentidos. En todos los cinco continentes.

Te hemos abrazado, oh Señor. Pero a menudo no te hemos entendido, no hemos ido más allá de las apariencias.

Ayúdanos a hurgar en las profundidades, a percibir el contrasentido de la riqueza y la belleza de la pobreza.

(Caritas.it)



EL COMENTARIO

Pobres y ricos: necesitados los unos de los otros

El bienestar y la abundancia de bienes se presentan en la Biblia como signos de la bendición de Dios. Abraham era muy rico en ganado, plata y oro (Gn 13:2); Isaac realizó una siembra y cosechó el ciento por uno ese año. Porque el Señor lo había bendecido. Se enriqueció y creció tanto en riqueza que llegó a ser muy rico (Gn 26, 12-13); Jacob tenía innumerables bueyes, asnos y rebaños (Gn 32, 6). Al justo, los salmistas le prometen: En tu casa habrá riquezas y abundancia (Sal 112, 3); comerás del fruto de tu trabajo, serás dichoso, te irá bien (Sal 128, 2). Al final de una temporada agrícola especialmente afortunada, un poeta canta la alegría de su pueblo: Nuestros graneros están llenos, rebosan de toda clase de frutos; son miles nuestros rebaños, miríadas en nuestros campos; nuestros bueyes están cargados, ninguna brecha, ninguna incursión, ningún gemido en nuestras plazas... ¡Dichoso el pueblo que posee estos bienes, dichoso el pueblo cuyo Dios es el Señor! (Sal 144, 12-15).

Sin embargo, la abundancia de bienes no siempre es fruto de la bendición del Señor; al contrario, a menudo es el resultado de abusos, engaños, violaciones de los derechos de los más débiles, como denuncian los profetas: Se comercia con el trigo disminuyendo las medidas y aumentando el precio, utilizando balanzas falsas, comprando al indigente por dinero y al pobre por un par de sandalias (Am 8, 5-6); a los miserables les arrancan la piel y la carne de los huesos (Mic 3, 2).

Aunque existe una riqueza bendecida por el Señor -la que es fruto del propio trabajo honesto-, en la Biblia la pobreza y la miseria no son nunca una bendición, son siempre consecuencia de la desgracia, la injusticia y, a veces, incluso de la pereza, el ocio, la inmoralidad: Dormir un poco, dormitar otro poco, y descansar otro poco de brazos cruzado, y mientras tanto llega, paseando, la miseria (Pr 24, 33-34).

La promesa de Dios a Israel, al pueblo que sigue sus caminos, es que todas las condiciones de indigencia desaparecerán: No habrá un necesitado entre ustedes... mientras obedezcan fielmente la voz del Señor, su Dios (Dt 15,

4-5). Sin embargo, inmediatamente después de esta consoladora promesa, el Señor continúa diciendo: nunca faltarán los necesitados en el país (Dt 15, 11). ¿Cómo se pueden conciliar estas dos afirmaciones?

En el NT también encontramos esta aparente incongruencia. Jesús dijo: A los pobres los tienen siempre con ustedes. Sin embargo, de la primera comunidad cristiana desaparecieron los pobres: Entre ellos no había necesitados, pues los que poseían tierras o casas las vendían, traían el dinero de lo vendido y lo ponían a los pies de los apóstoles; luego se distribuía a cada uno según lo que necesitaba (Hch 4, 34-35). Así nació en Jerusalén una sociedad alternativa, fundada en el compartir y en el servicio al hermano, en la que nadie es pobre. Puede parecer una paradoja, pero esta comunidad está formada por pobres. No por desdichados, que se han convertido en pobres por la desgracia o la calamidad, sino por personas que, movidas por el Espíritu de Cristo, han optado por quedarse sin nada y entregarlo todo a los hermanos por amor. Estos son los pobres de espíritu, los constructores del mundo nuevo, del reino de Dios.

Existe una larga tradición en la Iglesia que ha identificado a los pobres de espíritu como aquellos que, aunque conservando sus posesiones, no atan su corazón a ellas y son generosos dando limosna a quien es menos afortunado. La limosna es un gesto loable, pero es un signo inequívoco de que la nueva justicia aún no ha sido aceptada en el mundo, pues presupone que la acumulación de la riqueza puede seguir existiendo en la tierra junto a la pobreza. En hebreo ni siquiera existe el término limosna; se llama tzedakáh, que significa justicia. Y en la Biblia no se menciona en absoluto la limosna hasta los libros de Tobías y Sirácide, los únicos en los que se recomienda. No es la ayuda esporádica a los pobres -ayuda que a menudo sirve para calmar las conciencias-, no es el gesto bueno ocasional que introduce en el mundo la nueva relación entre las personas deseada por Dios. Jesús no exhorta a sus discípulos a dar algo al hermano necesitado, quiere que lo den todo, todo su ser, toda su vida. Esta es la nueva justicia.

La antigua justicia se basaba en el principio aparentemente razonable de “a cada uno lo suyo”. Pero este principio se basa en una premisa falsa; se deriva de la suposición de que algo pertenece al hombre, mientras que todo pertenece a Dios: Del Señor es la tierra y cuanto la llena, el orbe y todos sus habitantes (Sal 24, 1). Todos los adjetivos posesivos son una mentira: nada es mío,

nada es tuyo, nada es nuestro, todo es de Dios y él lo da todo gratuitamente. El hombre no es dueño de nada, su propia vida es un regalo que ha recibido. ¿Qué posees que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te jactas de ello como si no lo hubieses recibido? (1Cor 4, 7). El hombre no es más que un administrador de bienes que no son suyos y por esta administración un día se le pedirán cuentas.

Dios nos hizo bien: necesitamos los unos de los otros. Si fuéramos auto-suficientes, seríamos incapaces de amar, nos encerraríamos en nosotros mismos, no necesitaríamos de nadie, no nos preocuparíamos por los demás. En cambio, para vivir estamos obligados a encontrarnos con el otro, a recibir y dar los bienes que el Señor ha puesto en nuestras manos. Todos somos ricos de estos dones y todos somos pobres, todos necesitamos de lo que sólo el hermano pueden darnos. Por eso Jesús dijo: los pobres están siempre con ustedes. Es este intercambio de dones lo que hace posible la vida.

Pero, ¿según qué criterios debe producirse este intercambio? Son numerosas las parábolas de los Evangelios en las que se contraponen dos formas de manejar los bienes, una necia (áphroon) y otra sabia (phronimós). La primera se encarna en aquellos que, olvidando que son meros administradores de bienes que pertenecen a Dios, se consideran amos y creen que el intercambio debe realizarse según las leyes del mercado. QUITAN de sus mentes y corazones el pensamiento de que todo proviene de la gratuidad de Dios y comienzan a escudriñar con avidez las necesidades del hermano. Su objetivo: negociar y ganar con el intercambio. Por eso bendicen las necesidades, de hecho esperan que crezcan, para poder aumentar el precio y hacerse cada vez más ricos. Porque no es el trabajo lo que hace a uno rico, sino el comercio.

De esta falsa relación con los bienes, del instinto maligno que lleva a poseerlos y acumularlos, derivan todos los males: guerras, violencia, desavenencias, celos y el mundo inhumano que está ante nuestros ojos (1Tm 6,10) y que espera y pide ser redimido (Rm 8,19-25). Esta es la elección necia de quien se engaña a sí mismo pensando que alcanzará la alegría acumulando bienes, alcanzando posiciones de prestigio, títulos, reconocimientos. Este podrá obtener placeres, pero no alegría. El ansia de acumular siempre más hace enloquecer, aleja el pensamiento de la muerte, hace olvidar el momento del despojo. En la aduana de la vida todo lo que no ha sido entregado a los destinatarios -los necesitados- es requisado (Lc 12, 13-21).

¿Cuál es entonces la elección sabia? Está escrito en el Tratado sobre las bendiciones del Talmud de Babilonia que quien disfruta de algo de este mundo sin haber pronunciado la bendición comete el pecado de apropiación. En el momento de disfrutar de los recursos del mundo, el hombre debe reconocer inmediatamente a quien se los ha dado, el Dueño, y dar las gracias. El sabio es el que toma conciencia de que todo es gracia, gratuidad, don y se alegra de sentirse envuelto por la gratuidad de Dios. Esta es la verdad, la propiedad es una mentira. La imagen evangélica del mundo es la del salón del banquete al que el Señor invita a cada uno de sus hijos desde el momento en que los llama a la vida. El hombre es un comensal que se alegra con sus hermanos de los dones que el Padre ha puesto gratuitamente a disposición de todos. Esta es la razón por la que – según la parábola de Jesús (Lc 14, 15-24) – muchos rechazan la invitación, se quedan fuera de la sala del banquete, no aceptan la lógica de la gratuidad, prefiriendo seguir administrando los bienes guiados por deseos egoístas. En la versión de Mateo de la parábola del banquete, también hay quien acepta la invitación, que entra en la sala del banquete, pero sin el traje de bodas (Mt 22, 11-14), el traje que lleva el Esposo, Cristo, el del amor gratuito.

Representa a quien se engaña a sí mismo diciendo que pertenece al nuevo mundo, al reino de Dios, porque realiza alguna práctica religiosa devota, incluso da limosna, pero no acepta cambiar su vestimenta, sigue llevando el traje pagano, el de quien prefiere negociar bienes. Es el invitado el que no se comporta como un invitado, sino como el dueño. Se le arroja fuera, en el viejo mundo donde hay llanto y crujir de dientes, en el infierno, en el caos de ese mundo donde reina la competencia, el arribismo, la opresión y la explotación de los más débiles. Allí se puede ganar, pero tarde o temprano se ve superado. Jesús exige un desprendimiento total de la gestión egoísta de los bienes: Cualquiera de ustedes que no renuncie a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo (Lc 14, 33); No acumulen tesoros en la tierra, donde la polilla y el óxido los consumen, y



los ladrones perforan las paredes y los roban. Acumulen, en cambio, tesoros en el cielo, donde no hay polilla ni óxido que los consuma, ni ladrones que perforen y roben. Porque allí donde esté tu tesoro, estará también tu corazón (Mt 6, 19-21). Es difícil para el rico aceptar la propuesta del amor gratuito; es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de Dios (Mc 10, 25).

Sólo una fuerza divina venida del Cielo puede vencer en el hombre el instinto maligno que lo lleva a replegarse sobre los bienes materiales y a retenerlos para sí mismo. Esta fuerza es el Espíritu de Cristo, es la vida divina que el hombre ha recibido como don. Es este Espíritu el que le instruye y le insta a entregarlo todo por amor. Dichoso quien se hace pobre porque, movido por el Espíritu, entrega todo al hermano pobre. Pecado es renegar de la naturaleza de hijos de Dios, pecado es deshumanizarse, porque sólo se es plenamente humano cuando se está envuelto en el amor gratuito e incondicional del Padre.



COMENTARIO TEOLÓGICO PASTORAL

El exceso del amor

El evangelista Marcos sitúa el episodio de la unción de Jesús en Betania, en hebreo “casa del pobre”, en la actual El-Azaria, al pie de la costa oriental del Monte de los Olivos, a unos tres kilómetros de Jerusalén en dirección a Jericó. El gesto de la mujer – anónima en el Evangelio de Marcos – adquiere las características de una memorable profecía. El episodio se sitúa en el capítulo 14 del Evangelio, en el umbral del drama de la pasión de Jesús, cuando la historia de la salvación alcanzará su clímax en la cruel violencia que transformará el cuerpo del hombre de Nazaret en un mero objeto de tormento sádico. Bondad y exceso de amor por un lado, crueldad y miseria por el otro, son los extremos que se entrelazan en la breve perícopa de Marcos, en cuyo centro están las palabras de Jesús y su referencia a la omnipresencia de los pobres. El Maestro entra en la casa de un pobre, Simón el leproso. Su historia está claramente marcada por la enfermedad que se ha hecho tan íntima como para merecer el epíteto de “leproso”. Un hombre que ha experimentado la miseria y el encierro a causa de una enfermedad que hace impuros su cuerpo y su alma. La entrada de Jesús en Betania es el signo que revela la eficacia de su obra salvífica, por la que “no son los sanos los que necesitan del médico, sino los enfermos” (cf. Mc 2, 16-17). Jesús en casa realiza un segundo gesto profético, el de la comunión en la mesa. Su significado se comprende como el anticipo de lo que sucede en la mesa de la Última Cena, donde se celebra el don del cuerpo y la sangre que inaugura los tiempos de la nueva y eterna alianza. Mientras cenaba con sus discípulos y Simón, una mujer irrumpe de repente. Su aparición es descrita por Marcos como un giro en la trama. Hay un detalle precioso sobre la mujer: lleva en la mano “un vaso de alabastro, lleno de perfume de nardo puro, de gran valor” (cf. Mc 14, 3). El nardo parece evocar la personificación de la esposa en el Cantar de los Cantares (Cant 4, 13) y evidentemente se configura como un anuncio de la sepultura del Esposo que no se niega al tálamo nupcial de la muerte redentora.

¿Qué hace una mujer en un contexto como el que describe Marcos, en la

intimidad de la relación entre los discípulos y el Maestro? Su inoportuna presencia se ve acentuada por el gesto de romper el vaso de alabastro y derramar aceite sobre la cabeza de Jesús. Los ojos de todos, como faros que iluminan la huida de un ladrón, están puestos en ella. En el corazón de los espectadores surgen sentimientos de indignación y rabia. Su reacción parece justificada incluso por el razonamiento que sigue: “¿Por qué este derroche de perfume? Se podía vender por más de trescientos denarios y dárselos a los pobres”. La lógica del discurso no deja lugar a dudas, y esta forma de pensar encuentra aceptación incluso entre nosotros. Cegadas por el brillo de la filantropía, las comunidades de creyentes corren el peligro de perder el punto central del cual partir: ¡Jesús!

El cambio de sentido es necesario cuando se constata el aumento del sometimiento a la mentalidad de llenar nuestros vacíos existenciales de buenas obras para la salud del alma. Llevada al extremo, esta comprensión distorsionada conduce a una falsa interpretación de Dios. Se llega a considerarlo como un rico almacén del que se puede sacar lo que necesitamos, evitando así, a priori, la posibilidad de “beber el cáliz” de su voluntad en el Getsemaní de nuestra vida. Pensando en hacer el bien, los comensales acusan en realidad su indigencia espiritual.

Hacer el bien a los pobres es una obra indispensable, incluso podríamos decir que es la obra por la que seremos juzgados por Dios. A este respecto, siempre es oportuno y actual referirse al discurso escatológico del capítulo veinticinco de Mateo. Sin embargo, la tentación de convertir esos gestos en obras filantrópicas es fuerte y corre el riesgo de involucrar a muchas de nuestras comunidades de fe. Con cierta solicitud pastoral y coraje apostólico, el Papa Francisco ha denunciado repetidamente el peligro de “transformar la Iglesia en una asociación espiritual”. Una empresa multinacional para lanzar iniciativas y mensajes de contenido ético-religioso. No es una ONG, la Iglesia es otra cosa”. El simposio de Betania denuncia el proceso filantrópico que pretende hacer el bien, sin tener en cuenta a Dios. De nada sirven los comedores sociales de Cáritas, los centros de escucha, los puntos de luz y todas las iniciativas destinadas a promover la atención a los necesitados, para cumplir el mandamiento del amor a los pobres, si no partimos del corazón

del Evangelio que nos impulsa a ser heraldos de la esperanza y testigos de la gracia del amor de Cristo por nosotros y de nuestro amor a Cristo: “¡Charitas Christi urget nos!” (cf. 2Cor 5, 14). El amor de Cristo es la fuente de inmensa claridad e inestimable preciosidad de la que todo procede y a la que todo se recapitula. En este sentido, el gesto de la mujer se convierte en profecía de una obra buena, la única reconocida como tal por Jesús en la casa de Betania. Se impone con fuerza a todo creyente.

La rotura de aquel vaso de alabastro fue un despilfarro, pero debe entenderse en la dinámica del exceso de amor. Marcos es meticuloso con cada detalle y nos ofrece a los lectores la posibilidad de cuantificar la cifra del “despilfarro”. El nardo consumido valía más de trescientos denarios, el equivalente al salario anual de un obrero. El evangelista destaca una vez más la extravagante generosidad de la mujer, dado que un denario era el salario diario de un trabajador (cf. Mt 20, 2).

El núcleo del discurso de Jesús, que alaba la buena acción de la mujer y la protege del creciente odio de los comensales, se revela en una afirmación lapidaria que se presta a varias interpretaciones: “A los pobres, de hecho, los tienen siempre con ustedes y pueden hacerles el bien cuando quieran, pero no siempre me tendrán a mí” (cf. Mc 14,7). Jesús no está en absoluto desinteresado de la llaga social de la pobreza, no razona como un desencarnado. Sobre este aspecto es útil subrayar el principio dogmático de la encarnación de Cristo que nos lleva a considerar en la justa medida su ser en la tierra como verdadero Dios y verdadero Hombre. Por lo tanto, es erróneo pensar que el corazón del Maestro era ajeno al problema de la pobreza, considerándolo como un apéndice de su predicación. El evangelio anunciado por Jesús ve en los pobres los referentes principales. Su mesianidad, en efecto, se cumple en su plena identificación con el siervo sufriente anunciado por los profetas y en su asimilación en todo a la miseria humana, excluyendo el pecado (cf. Flp 2, 7-8). Es el gesto de la mujer el que revela el sentido correcto de la afirmación de Jesús sobre la omnipresencia de los pobres.

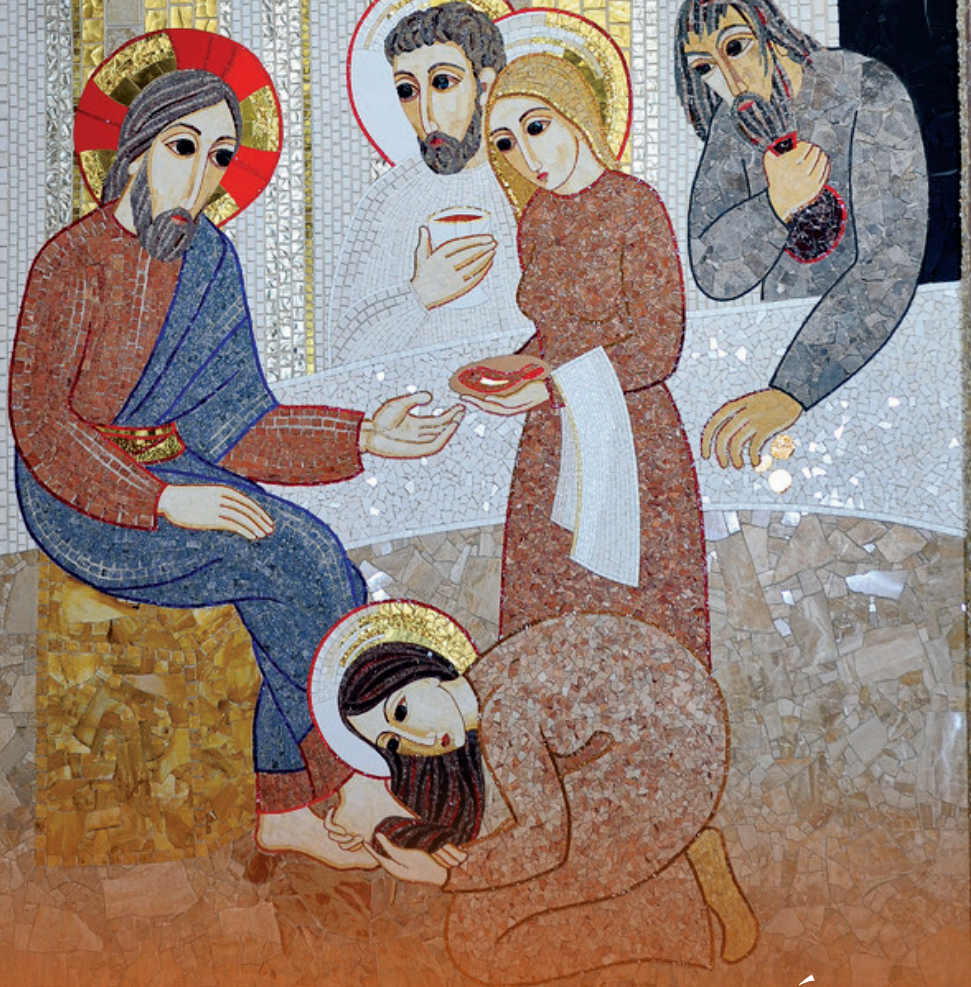
Su acción “escandalosa” es la ocasión propicia para hacernos reflexionar sobre las prioridades que animan nuestros “apetitos divinos” y las motivaciones que nos impulsan a hacer el bien, con o sin Dios. Se comprueba, sin

demasiado asombro, que los pobres no son el corazón del Evangelio y que la Iglesia no es creíble por su atención más o menos pronunciada hacia los necesitados.

Es posible hacer el bien sin creer en Dios, es posible ayudar a los miserables sin el Evangelio predicado por Jesús. Hay no creyentes que consiguen alimentar a los hambrientos mejor que los creyentes, hay ateos que dan más que nosotros. En este fragmento del Evangelio, el propio Jesús cita un pasaje del Deuteronomio en el que se subraya que los pobres nunca dejarán de estar en la tierra. Esta cita del Antiguo Testamento arroja luz sobre una práctica anterior a su ministerio. La realidad concreta exigía la adopción de un sistema de donaciones extenso y cuidadosamente regulado, que incluía la obligación del diezmo y numerosas oportunidades para la caridad personal. (cf. Dt 15, 11).

¿En qué se basa la especificidad de la caridad cristiana? Sin duda en el amor de Cristo que es capaz de “cristificar” toda obra para que se convierta en una obra buena, como la que hizo la mujer hacia Jesús. Nunca faltarán oportunidades para servir a los pobres, pero sí pueden faltar oportunidades para servirlos a partir del amor de Dios, cuyo defecto es el exceso ilimitado. De ahí la certeza para quienes viven en el tiempo de la ausencia de Jesús de que no tienen que enfrentarse a la alternativa “Cristo o los pobres”, porque descubren la belleza de la posibilidad de servir a Cristo en los pobres y a los pobres en Cristo. La identificación de los pobres en Jesús es la verdadera respuesta a los dramas de la historia que, de época en época, reinterpreta la deshumanización de los necesitados transfigurada en la glorificación que el Padre ha realizado en la obediencia del Hijo. La Iglesia está siempre comprometida en una continua reforma de sí misma y en un lento proceso de purificación de las ideas que la llevan a superar las formas de asistencialismo estéril que debilitan su peregrinación hacia la apropiación de la categoría del Reino de Dios.

La iglesia de los pobres es el vientre del amor excedente de Cristo por la humanidad, anunciado simbólicamente por la profecía de la unción de la mujer en la casa de Betania. En ella se celebró la unción del Emmanuel, el Dios con nosotros, cuya presencia es visible en los rostros de los pobres que “siempre estarán con nosotros”.



VIGILIA DE ORACIÓN

«A LOS POBRES LOSTIENEN SIEMPRE CON USTEDES»

(Mc 14,7)

Introducción

Ser conscientes de la presencia de los pobres: una tarea diaria que se realiza tanto en la cercanía a las personas en dificultad como en el recordarlas ante el Señor.

La presente vigilia de oración no es un momento “puntual”, es decir, una celebración que tiene lugar una vez al año, porque así lo exigen las circunstancias, sino que debería convertirse en una expresión orante de toda la acción que una comunidad lleva a cabo en favor de las personas necesitadas cada día. En consecuencia, la invitación a la vigilia se dirige a todas las personas de buena voluntad y a todas las comunidades, parroquias o familias religiosas, dedicadas de diversas maneras a ayudar a los pobres en el cuerpo y en el espíritu.

La vigilia así concebida subraya que el origen de nuestra acción constante en favor de los pobres, así como el objetivo de todos nuestros esfuerzos en su favor, se encuentra en Dios, que inspira nuestro corazón para dedicarse al prójimo.

Ver en un pobre no sólo una víctima o un desdichado, sino sobre todo un ser humano, en el que está impresa la imagen de Dios mismo, distingue el enfoque cristiano de los otros, ya que el encuentro con una persona necesitada es un encuentro con Dios en persona.

En la primera *statio*, el texto-guía del Evangelio de Marcos interpela nuestro corazón, si somos capaces de reconocer, en la existencia silenciosa de los pobres, la presencia constante de Dios mismo. Es una pregunta que viene del Evangelio: ¿Yo, en un necesitado, veo a un pobrecillo-desdichado o reconozco en él la presencia del Dios vivo?

La segunda *statio* se basa en el texto de la Segunda Carta a los Corintios (8, 1-15) y nos confronta con el Señor que se hace pobre por nosotros, para hacernos ricos. El modo de actuar de Jesucristo debería inspirar también nuestras acciones.

Se recuerda que los textos seleccionados en el presente subsidio pa-

storal sólo son propuestas. La persona responsable de la organización de la vigilia debería adaptar la celebración a las exigencias particulares de cada comunidad en específico (parroquia, capilla hospitalaria, monasterio, etc.). Se podrían elegir cantos para cada statio; mientras que para profundizar los temas recurrentes en los textos bíblicos, se podría preparar otra meditación, o elegir algunos testimonios, según las exigencias y las posibilidades de la comunidad que celebra la vigilia. Antes de la bendición final, se podría pensar en otra oración de intercesión, pronunciada por el mismo sacerdote o por los fieles y dedicada a las diversas situaciones en las que viven los pobres.

La elección de los pasajes bíblicos también podría ser modificada, a discreción de quien organiza la vigilia. Por ejemplo: La statio inspirada en Lc 16, 19-31 (la parábola de Lázaro y el rico epulón) se podría preparar retomando la vida de un santo o de una persona que se distingue por su servicio a los pobres y por su testimonio de vida cristiana.

La vigilia de oración podría tener lugar con el Santísimo Sacramento expuesto.

El Sacerdote expone el Santísimo Sacramento como de costumbre. Sigue un canto y unas palabras introductorias, que podrían ser la siguiente:

La *Jornada Mundial de los Pobres* es una ocasión para dar gracias al Señor por las oportunidades que nos ha dado de encontrarlo en los pobres y por el bien que hemos podido realizar, pero también un momento de síntesis para reflexionar sobre lo que hemos logrado durante el año pasado. Esta Jornada se convierte también en un interrogante que nos cuestiona sobre cómo percibimos la constante presencia de los pobres. Para nosotros, ¿los pobres son sólo unos desdichados, maltratados por la suerte? ¿O podemos ver en ellos al Dios vivo que viene a nuestro encuentro?

Con estas preguntas queremos iniciar nuestra reflexión sobre las palabras de Jesús: “A los pobres los tienen siempre con ustedes”.

Se entona un canto.

PRIMERA ESTACIÓN

Ver y encontrar a Jesús en los pobres

Escuchemos la palabra del Señor según el Evangelio de Marcos (14,3-9)

«Mientras Jesús estaba en Betania, comiendo en casa de Simón el leproso, llegó una mujer con un frasco lleno de un valioso perfume de nardo puro, y rompiendo el frasco, derramó el perfume sobre la cabeza de Jesús. Entonces algunos de los que estaban allí se indignaron y comentaban entre sí: “¿Para qué este derroche de perfume? Se hubiera podido vender por más de trescientos denarios para repartir el dinero entre los pobres”. Y la criticaban. Pero Jesús dijo: “Déjenla, ¿por qué la molestan? Ha hecho una buena obra conmigo. A los pobres los tendrán siempre con ustedes y podrán hacerles bien cuando quieran, pero a mí no me tendrán siempre. Ella hizo lo que podía; ungió mi cuerpo anticipadamente para la sepultura. Les aseguro que allí donde se proclame el Evangelio, en todo el mundo, se contará también en su memoria lo que ella hizo”».

Sería oportuno que alguno de los presentes diera un testimonio sobre su servicio a los pobres, haciendo hincapié en el aspecto espiritual. Si no se dispone de un testimonio de este tipo entre los participantes, se pueden utilizar los testimonios ya presentes en varios libros o disponibles en la web.

Como alternativa, se sugieren los siguientes extractos para la reflexión comunitaria.

Del Mensaje del Papa Francisco para la Jornada Mundial de los Pobres 2021

La interpretación del pasaje evangélico recién escuchado es dada por el propio Jesús y «permite captar el sentido profundo del gesto realizado por la mujer. Él dijo: “¡Déjenla! ¿Por qué la molestan? Ha hecho una obra buena conmigo” (Mc 14,6). Jesús sabía que su muerte estaba cercana y vio en ese gesto la anticipación de la unción de su cuerpo sin vida antes de ser depuesto en el sepulcro. Esta visión va más allá de cualquier expectativa de los comensales. Jesús les recuerda que el primer pobre es Él, el más pobre entre

los pobres, porque los representa a todos. Y es también en nombre de los pobres, de las personas solas, marginadas y discriminadas, que el Hijo de Dios aceptó el gesto de aquella mujer. Ella, con su sensibilidad femenina, demostró ser la única que comprendió el estado de ánimo del Señor. [...] Esta fuerte “empatía” entre Jesús y la mujer, y el modo en que Él interpretó su unción, en contraste con la visión escandalizada de Judas y de los otros, abre un camino fecundo de reflexión sobre el vínculo inseparable que hay entre Jesús, los pobres y el anuncio del Evangelio. El rostro de Dios que Él revela, de hecho, es el de un Padre para los pobres y cercano a los pobres. Toda la obra de Jesús afirma que la pobreza no es fruto de la fatalidad, sino un signo concreto de su presencia entre nosotros. No lo encontramos cuando y donde quisiéramos, sino que lo reconocemos en la vida de los pobres, en su sufrimiento e indigencia, en las condiciones a veces inhumanas en las que se ven obligados a vivir. No me canso de repetir que los pobres son verdaderos evangelizadores porque fueron los primeros en ser evangelizados y llamados a compartir la bienaventuranza del Señor y su Reino (cf. Mt 5,3). Los *pobres* de cualquier condición y de cualquier latitud nos evangelizan, porque nos permiten redescubrir de manera siempre nueva los rasgos más genuinos del rostro del Padre».

Bruno Ferrero

La anciana que esperaba a Dios

Había una vez una anciana que pasaba muchas horas del día rezando piadosamente. Un día oyó la voz de Dios que le decía: “Hoy vendré a visitarte”. Imagina la alegría y el orgullo de la anciana. Comenzó a limpiar y pulir, a amasar y a hornear pasteles. Luego se puso su mejor vestido y esperó a que viniera Dios. Al cabo de un rato, llamaron a la puerta. La anciana corrió a abrir. Pero sólo era su vecina la que le pedía prestada una pizca de sal. La anciana la apartó de un empujón: “Por el amor de Dios, vete de una vez, ¡no tengo tiempo para estas tonterías! ¡Espero a Dios en mi casa! Vete”. Y dio un portazo en la cara a la mortificada vecina.

Algún tiempo después, tocaron de nuevo a la puerta. La anciana se miró en el espejo, se arregló y corrió a abrir la puerta. ¿Pero quién estaba allí? Un

joven envuelto en una chaqueta demasiado grande, vendiendo botones baratos y jabón. La anciana exclamó: “Estoy esperando al buen Dios. Realmente no tengo tiempo. Vuelve en otro momento”. Y cerró la puerta en la nariz del pobre chico.

Poco después llamaron de nuevo a la puerta. La anciana abrió la puerta y se encontró frente a un anciano harapiento y mal vestido. “Un trozo de pan, amable señora, incluso pan duro... Y si pudiese dejarme descansar un momento aquí, en las escaleras de su casa”, suplicó el pobre hombre. “¡Ah, no! ¡Déjame en paz! ¡Espero a Dios! Y no te acerques a mis escaleras”, dijo la anciana con enfado. El pobre se alejó cojeando, y la anciana se preparó para volver a esperar a Dios.

El día pasó, hora tras hora. Llegó la noche y Dios no apareció. La anciana se sintió profundamente decepcionada. Finalmente decidió irse a la cama. Extrañamente, se durmió de inmediato y comenzó a soñar. El buen Dios se le apareció en sueños y le dijo: “Hoy he venido tres veces a visitarte y las tres veces no me recibiste”.

Tras un momento de silencio para la reflexión personal, se podría entonar un canto.

Sigue la oración:

Bendita seas, Virgen María modelo de caridad y amor maternal, para todos los que buscan consuelo.

Bendita seas porque has asociado a cada uno de nosotros al sufrimiento redentor de Cristo Crucificado, y nos has llamado a servir a los que sufren.

Bendita seas porque nos enseñas a amar a los pobres, los humildes, los pecadores, como Dios los ama.

María, Inmaculada madre de Dios y de los hombres, escucha la oración de los enfermos, responde a nuestras invocaciones, concede al mundo a Jesús, nuestra verdadera paz.

(S. Juan Pablo II)

SEGUNDA ESTACIÓN

Llegar a ser ricos en Cristo

Escuchemos la palabra de Dios de la II Carta del apóstol San Pablo a los Corintios (8,7.9.13-15)

«Hermanos, ya que ustedes se distinguen en todo: en fe, en elocuencia, en ciencia, en toda clase de solicitud por los demás, y en el amor que nosotros les hemos comunicado, espero que también se distingan en generosidad. Ya conocen la generosidad de nuestro Señor Jesucristo que, siendo rico, se hizo pobre por nosotros, a fin de enriquecernos con su pobreza. Por eso, quiero darles un consejo que les será provechoso, ya que ustedes, el año pasado, fueron los primeros, no sólo en emprender esta obra, sino también en decidir su realización. No se trata de que ustedes sufran necesidad para que otros vivan en la abundancia, sino de que haya igualdad. En el caso presente, la abundancia de ustedes suple la necesidad de ellos, para que un día, la abundancia de ellos supla la necesidad de ustedes. Así habrá igualdad, de acuerdo con lo que dice la Escritura: El que había recogido mucho no tuvo de sobra, y el que había recogido poco no sufrió escasez».

Una vez terminada la lectura bíblica, se podría dar voz a otro testimonio, tal vez de personas que hayan encontrado a Dios en las dificultades. Si no se dispone de un testimonio de este tipo entre los participantes, se pueden utilizar los testimonios ya presentes en varios libros o disponibles en la web.

Como alternativa, se sugieren los siguientes textos para la reflexión comunitaria.

Del Sermón 36 de San Agustín

Jesús «se hizo pobre, aun siendo rico»: tomó sobre sí la pobreza y no perdió las riquezas. Interiormente rico, exteriormente pobre. Mientras se esconde como Dios en las riquezas, aparece como hombre en la pobreza. Mira sus riquezas: “En el principio era el Verbo y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: en el principio estaba con Dios. Todo ha sido hecho por medio de él” (Jn 1, 1-3). ¿Quién es más rico que aquel por quien han sido hechas todas las cosas? El rico puede tener oro, pero no puede crear. Aunque estas riquezas estuvieran en tu poder, mira su pobreza: “Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1, 14). Somos enriquecidos con su pobreza: porque con su sangre, que brotó de su carne, y porque el Verbo se hizo

carne para habitar entre nosotros, el saco de nuestros pecados se hizo pedazos. Por su sangre hemos desechado los harapos de la iniquidad para revestir la estola de la inmortalidad.

Del Mensaje del Papa Francisco para la Cuaresma 2014

«El Apóstol se dirige a los cristianos de Corinto para alentarlos a ser generosos y ayudar a los fieles de Jerusalén que pasan necesidad. ¿Qué nos dicen, a los cristianos de hoy, estas palabras de san Pablo? ¿Qué nos dice hoy, a nosotros, la invitación a la pobreza, a una vida pobre en sentido evangélico?

Ante todo, nos dicen cuál es el estilo de Dios. Dios no se revela mediante el poder y la riqueza del mundo, sino mediante la debilidad y la pobreza: “Siendo rico, se hizo pobre por vosotros...”. Cristo, el Hijo eterno de Dios, igual al Padre en poder y gloria, se hizo pobre; descendió en medio de nosotros, se acercó a cada uno de nosotros; se desnudó, se “vacío”, para ser en todo semejante a nosotros (cfr. Flp 2, 7; Heb 4, 15). ¡Qué gran misterio la encarnación de Dios! La razón de todo esto es el amor divino, un amor que es gracia, generosidad, deseo de proximidad, y que no duda en darse y sacrificarse por las criaturas a las que ama. La caridad, el amor es compartir en todo la suerte del amado. El amor nos hace semejantes, crea igualdad, derriba los muros y las distancias. Y Dios hizo esto con nosotros. Jesús, en efecto, “trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de nosotros, en todo semejante a nosotros excepto en el pecado” (Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 22).

La finalidad de Jesús al hacerse pobre no es la pobreza en sí misma, sino —dice san Pablo— “...para enriqueceros con su pobreza”. No se trata de un juego de palabras ni de una expresión para causar sensación. Al contrario, es una síntesis de la lógica de Dios, la lógica del amor, la lógica de la Encarnación y la Cruz. Dios no hizo caer sobre nosotros la salvación desde lo alto, como la limosna de quien da parte de lo que para él es superfluo con aparente piedad filantrópica. ¡El amor de Cristo no es esto! Cuando Jesús entra en las aguas del Jordán y se hace bautizar por Juan el Bautista, no lo hace porque necesita penitencia, conversión; lo hace para estar en medio de la gente, necesitada de

perdón, entre nosotros, pecadores, y cargar con el peso de nuestros pecados. Este es el camino que ha elegido para consolarnos, salvarnos, liberarnos de nuestra miseria. Nos sorprende que el Apóstol diga que fuimos liberados no por medio de la riqueza de Cristo, sino por medio de su pobreza.

¿Qué es, pues, esta pobreza con la que Jesús nos libera y nos enriquece? Es precisamente su modo de amarnos, de estar cerca de nosotros, como el buen samaritano que se acerca a ese hombre que todos habían abandonado medio muerto al borde del camino (cfr. Lc 10, 25ss). Lo que nos da verdadera libertad, verdadera salvación y verdadera felicidad es su amor lleno de compasión, de ternura, que quiere compartir con nosotros. La pobreza de Cristo que nos enriquece consiste en el hecho que se hizo carne, cargó con nuestras debilidades y nuestros pecados, comunicándonos la misericordia infinita de Dios. La pobreza de Cristo es la mayor riqueza: la riqueza de Jesús es su confianza ilimitada en Dios Padre, es encomendarse a Él en todo momento, buscando siempre y solamente su voluntad y su gloria. Es rico como lo es un niño que se siente amado por sus padres y los ama, sin dudar ni un instante de su amor y su ternura. La riqueza de Jesús radica en el hecho de ser el Hijo, su relación única con el Padre es la prerrogativa soberana de este Mesías pobre. Cuando Jesús nos invita a tomar su “yugo llevadero”, nos invita a enriquecernos con esta “rica pobreza” y “pobre riqueza” suyas, a compartir con Él su espíritu filial y fraterno, a convertirnos en hijos en el Hijo, hermanos en el Hermano Primogénito (cfr. Rom 8, 29)».

Después de un momento de silencio para la reflexión personal, se podría entonar un canto.

Posteriormente se puede recitar la siguiente oración:

Señor, enséñanos a no amarnos a nosotros mismos, a no amar sólo a nuestros seres queridos, a no amar sólo a los que nos aman. Enséñanos a pensar en los demás, a amar primero a los que nadie ama.

Concédenos la gracia de comprender que, en cada momento,

mientras nosotros vivimos una vida demasiado feliz, hay millones de seres humanos, que también son tus hijos y nuestros hermanos, que mueren de hambre sin haber merecido morir de hambre, que mueren de frío sin haber merecido morir de frío.

Señor, ten piedad de todos los pobres del mundo. Y no permitas más, oh Señor, que vivamos felizmente solos. Haznos sentir la angustia de la miseria universal, y líbranos de nuestro egoísmo. Amén.

(Raoul Follereau)

La persona que preside la vigilia resume el mensaje con sus propias palabras, destacando, por un lado, el tema recurrente y, por otro, el servicio que los presentes prestan a los pobres.

Se podría insertar aquí una oración comunitaria de intercesión, pronunciada por el propio sacerdote o por los fieles, y dedicada a las diversas situaciones que viven los pobres. Al final de la vigilia todos los presentes renuevan su compromiso de servir a los necesitados según la voluntad de Dios.

El celebrante introduce este momento con estas o similares palabras:

Queridos hermanos y hermanas, renovemos ahora nuestro compromiso de dedicarnos con mayor conciencia y generosidad al servicio de los necesitados. Digamos juntos:

Todos de pie dicen alguna de las siguientes oraciones:

Haznos dignos, Señor, de servir a nuestros hermanos en todo el mundo que viven y mueren en la pobreza y el hambre.

Dales hoy, a través de nuestras manos, el pan de cada día, y, a través de nuestro amor comprensivo, dales paz y alegría. Amén.

(S. Paolo VI)

Querido Jesús, ayúdame a esparcir Tu fragancia por donde quiera que vaya. Inunda mi alma con Tu Espíritu y Tu Vida.

Penetra y posee todo mi ser, tan completamente que mi vida no sea sino un reflejo luminoso de la Tuya.

Resplandece a través de mí, y está tan presente en mí, que cada alma con la que entre en contacto experimente Tu presencia en mi alma. ¡Que levanten los ojos y no me vean a mí, sino sólo a Jesús!

Quédate conmigo, y entonces empezaré a brillar como Tú brillas; brillaré de tal manera que sea una luz para los demás. La luz, oh Jesús, vendrá toda de Ti; nada de ella será mía. Serás Tú quien ilumine a los demás a través de mí.

Permíteme, de esta manera, alabarte en la forma en que más amas: brillando como luz para los que me rodean. Permíteme anunciarte sin predicar, no con palabras, sino con el ejemplo, con una fuerza que atraiga, con la influencia benévola de lo que hago, con la plenitud tangible del amor que mi corazón siente por Ti. Amén.

(S. John Henry Newman)

Señor, hazme un instrumento de tu paz.

Donde hay ofensa, déjame llevar el perdón.

Donde hay odio, déjame llevar el amor.

Donde hay discordia, déjame llevar la unión.

Donde hay error, déjame llevar la verdad.

Donde hay duda, déjame llevar la fe.

Donde hay desesperación, déjame llevar la esperanza.

Donde hay oscuridad, déjame llevar la luz.

Donde haya tristeza, déjame llevar la alegría.

Oh Maestro, haz que no busque tanto ser consolado,
sino consolar; ser entendido, sino entender;
ser amado, sino amar.

Porque: es olvidándose de uno mismo que se encuentra,
es perdonando como se es perdonado,
es muriendo como se resucita a la vida eterna. Amén.

(Oración atribuida erróneamente a San Francisco de Asís)

El Sacerdote termina la vigilia de oración dando la bendición con el Santísimo Sacramento como de costumbre.

ORACIÓN DEL PADRE NUESTRO

El que preside:

Hermanos y hermanas, las palabras del Señor nos recuerdan que junto a nosotros siempre hay personas necesitadas, con las que debemos compartir el pan de cada día. Para que nunca olvidemos su presencia, invoquemos a Dios y digamos juntos:

*Padre nuestro que estás en el cielo,
santificado sea tu nombre,
venga tu reino,
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.*

*Danos hoy el pan de cada día,
perdona nuestras ofensas,
así como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden,
no nos dejes caer en la tentación
y líbranos del mal. Amén.*

Oración

El que preside:

Oremos. **Oh** Dios, Padre de los huérfanos y las viudas, refugio para los extranjeros, justicia de los oprimidos, mantén la esperanza del pobre que confía en tu amor, para que nunca le falte la libertad y el pan que tú le proporcionas, haz que todos aprendamos a seguir el ejemplo de Aquel que se entregó a sí mismo, Cristo Señor nuestro, quien es Dios, y vive y reina contigo, en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. **Amén.**

Bendición

El que preside con las manos extendidas sobre la Asamblea dice:

Oh Dios, Padre nuestro, tu misericordia no tiene límites, sostiene a estos tus hijos para que, guiados por tu Palabra nunca pierdan el camino del amor que pasa a través de los corazones de los hermanos y hermanas marcados por la necesidad y el sufrimiento, que tu Espíritu les conceda la fuerza, el valor y la tenacidad para reconocer Tu presencia en todos los necesitados. Por Cristo nuestro Señor. **Amén.**

Y la bendición de Dios Todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca siempre. **Amén.**

P. Bendigamos al Señor.

R. **Demos gracias a Dio.**

También se puede continuar con la Exposición del Santísimo Sacramento.

EXPOSICIÓN DE LA SANTÍSIMA EUCARISTÍA Y ADORACIÓN

Mientras se expone el Santísimo Sacramento, se entona el siguiente himno (u otro adecuado):

Adoro te devote

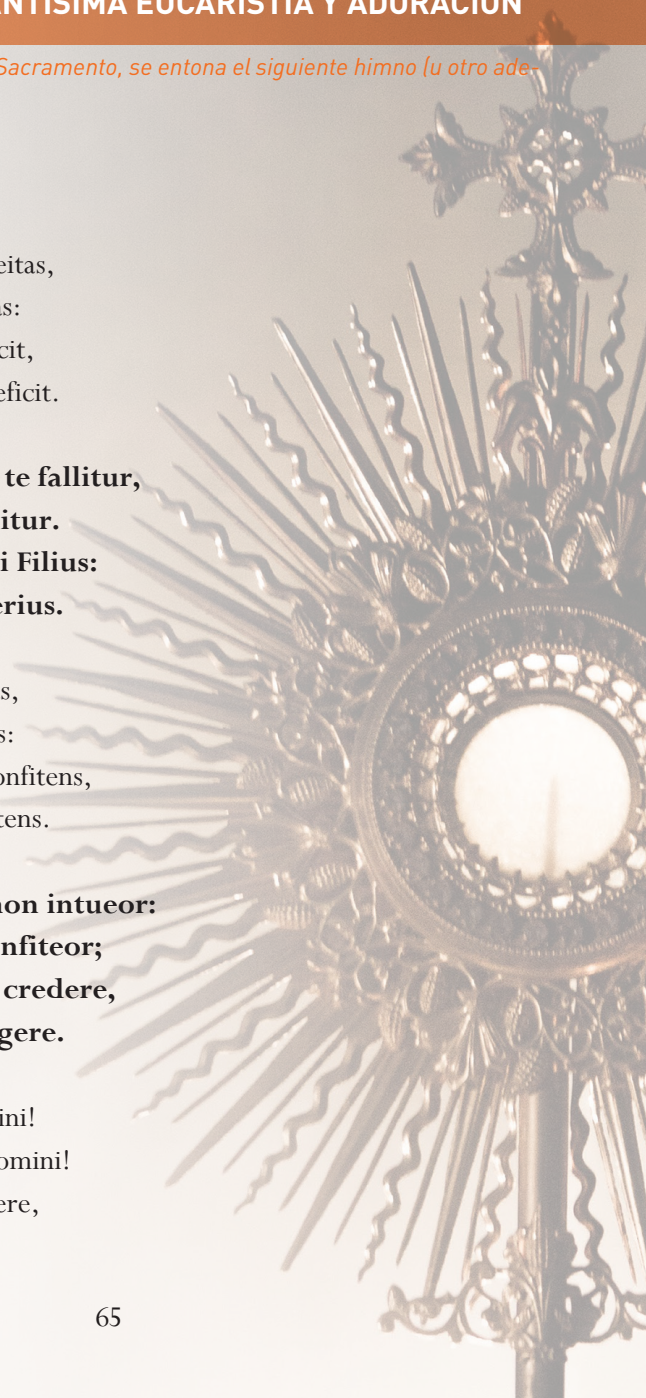
1. Adoro te devote, latens Deitas,
quae sub his figuris vere latitas:
tibi se cor meum totum subiicit,
quia te contemplans totum deficit.

2. **Visus, tactus, gustus in te fallitur,
sed auditu solo tuto creditur.**
**Credo quidquid dixit Dei Filius:
nil hoc verbo Veritatis verius.**

3. In Cruce latebat sola Deitas,
at hic latet simul et humanitas:
ambo tamen credens atque confitens,
peto quod petivit latro poenitens.

4. **Plagas, sicut Thomas, non intueor:**
Deum tamen meum te confiteor;
fac me tibi semper magis credere,
in te spem habere, te diligere.

5. O memoriale mortis Domini!
Panis vivus vitam praestans homini!
Praesta meae menti de te vivere,
et te illi semper dulce sapere.



6. Pie pellicane, Iesu Domine!

**Me immundum munda tuo Sanguine:
cuius una stilla salvum facere
totum mundum quit ab omni scelere.**

7. Iesu, quem velatum nunc aspicio,
oro fiat illud quod tam sitio:
ut te revelata cernens facie,
visu sim beatus tuae gloriae. Amen.

Silencio para la adoración y la oración personal.

ORACIÓN LITÁNICA

Verdadero Dios y verdadero hombre, realmente presente en este Santo Sacramento.

Te adoramos, Señor.

Nuestro Salvador, Dios-con-nosotros, fiel y rico en misericordia.

Te adoramos, Señor.

Rey y Señor de la creación y de la historia.

Te adoramos, Señor.

Vencedor del pecado y de la muerte.

Te adoramos, Señor.

Amigo del hombre, resucitado y vivo a la derecha del Padre.

Te adoramos, Señor.

Hijo único del Padre, bajado del cielo para nuestra salvación.

Creemos en ti, Señor.

Médico celestial, que te inclinas sobre nuestra miseria.

Creemos en ti, Señor.

Cordero inmolado, que te ofreces para redimirnos del mal.

Creemos en ti, Señor.

Buen Pastor, que das tu vida por el rebaño que amas.

Creemos en ti, Señor.

Pan vivo y medicina de inmortalidad, que nos da la vida eterna.

Creemos en ti, Señor.

Del poder de Satanás y de las seducciones del mundo.

Líbranos, Señor.

Del orgullo y de la presunción de que podemos prescindir de ti.

Líbranos, Señor.

De los engaños del miedo y la angustia.

Líbranos, Señor.

De la incredulidad y la desesperación.

Líbranos, Señor.

De la dureza del corazón y la incapacidad de amar.

Líbranos, Señor.

De todos los males que afligen a la humanidad.

Sálvanos, Señor.

Del hambre, la carestía y el egoísmo.

Sálvanos, Señor.

De las enfermedades, las epidemias y el miedo al prójimo.

Sálvanos, Señor.

De la locura destructiva, los intereses despiadados y la violencia.

Sálvanos, Señor.

Del engaño, la desinformación y la manipulación de las conciencias.

Sálvanos, Señor.

Mira a tu Iglesia mientras cruza el desierto.

Consuélanos, Señor.

Mira a la humanidad, aterrorizada por el miedo y la angustia.

Consuélanos, Señor.

Mira a los enfermos y a los moribundos, agobiados por la soledad.

Consuélanos, Señor.

Mira a los médicos y trabajadores de la salud, agotados por la fatiga.

Consuélanos, Señor.

Mira a los políticos y a los administradores, que cargan con el peso de las decisiones.

Consuélanos, Señor.

En la hora de la prueba y el desconcierto.

Danos tu Espíritu, Señor.

En la tentación y la fragilidad.

Danos tu Espíritu, Señor.

En la lucha contra el mal y el pecado.

Danos tu Espíritu, Señor.

En la búsqueda del verdadero bien y la verdadera alegría.

Danos tu Espíritu, Señor.

En la decisión de permanecer en ti y en tu amistad.

Danos tu Espíritu, Señor.

Si el pecado nos oprime.

Ábrenos a la esperanza, Señor.

Si el odio nos cierra el corazón.

Ábrenos a la esperanza, Señor.

Si el dolor nos visita.

Ábrenos a la esperanza, Señor.

Si la indiferencia nos angustia.

Ábrenos a la esperanza, Señor.

Si la muerte nos destruye.

Ábrenos a la esperanza, Señor.

Al terminar un canto eucarístico, se hace una breve pausa para la oración personal.

BENDICIÓN EUCARÍSTICA

Tantum ergo

1. Tantum ergo sacramentum
veneremur cernui,
et antiquum documentum
novo cedat ritui;
praestet fides supplementum
sensum defectui.

2. **Genitori Genitoque
Laus et iubilatio,
salus, honor, virtus quoque
sit et benedictio;
procedenti ab utroque
compar sit laudatio. Amen.**

Oración

El que preside:

Oremos.

Oh Dios, que en este admirable sacramento nos dejaste el memorial de tú Pasión, te pedimos nos concedas venerar de tal modo los sagrados misterios de tu Cuerpo y de tu Sangre, que experimentemos constantemente el fruto de tu redención. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R/. Amén.

El que preside da la bendición con el Santísimo Sacramento.

Alabanzas de desagravio

El coro entona y la asamblea repite:

- 1. Bendito sea Dios.**
- 2. Bendito sea su santo Nombre.**
- 3. Bendito sea Jesucristo, Dios y Hombre verdadero.**
- 4. Bendito sea el Nombre de Jesús.**
- 5. Bendito sea su Sacratísimo Corazón.**
- 6. Bendita sea su Preciosísima Sangre.**
- 7. Bendito sea Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar.**
- 8. Bendito sea el Espíritu Santo Paráclito.**
- 9. Bendita sea la excelsa Madre de Dios, María Santísima.**
- 10. Bendita sea su Santa e Inmaculada Concepción.**
- 11. Bendita sea su gloriosa Asunción.**
- 12. Bendito sea el nombre de María Virgen y Madre.**
- 13. Bendito sea San José, su castísimo esposo.**
- 14. Bendito sea Dios en sus Ángeles y en sus Santos. Amén.**

Mientras se coloca el Santísimo Sacramento en el sagrario, se canta el himno:

Canto de reposición (Salmo 117)

1. Laudate Dominum, omnes gentes;
laudate eum, omnes populi.

2. **Quoniam confirmata est
super nos misericordia eius,
et veritas Domini
manet in aeternum.**

3. Gloria Patri et Filio,
et Spiritui Sancto.

4. **Sicut erat in principio,
et nunc, et semper,
et in saecula saeculorum. Amen.**

ANTIFONA MARIANA

Salve, Regina

Salve, Regina,
Mater misericordiae,
vita, dulcedo et spes nostra, salve.
Ad te clamamus, exsules filii Hevae.
Ad te suspiramus gementes et flentes
in hac lacrimarum valle.
Eia ergo, advocata nostra,
illos tuos misericordes
oculos ad nos converte.
Et Iesum,
benedictum fructum ventris tui,
nobis, post hoc exilium, ostende.
O clemens, o pia,
o dulcis Virgo Maria!

El que preside:

Ruega por nosotros Santa María Madre de Dios.

R/. Para que seamos dignos de alcanzar las promesas y gracias de Nuestro Señor Jesucristo. Amén.



EL ROSARIO DE LOS POBRES

A LOS POBRES LOS TIENEN SIEMPRE CON USTEDES

¿Cómo se reza el Rosario?

P. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

T. Amén.

P. Dios mío, ven en mi auxilio.

T. Señor, date prisa en socorrerme.

P. Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.

T. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

Si Se enuncia en cada decena el "misterio", por ejemplo, en el primer misterio se contempla: "El Anuncio del Ángel a María".

Después de una breve pausa de reflexión, se rezan:

Un Padre Nuestro, diez Ave María y un Gloria.

A cada decena de la Corona se puede añadir una invocación y una oración; esta propuesta de Rosario está tomada de la Novena a la Virgen de los Pobres de Banneux.

Al final del Rosario se rezan las letanías u otras oraciones marianas.

Introducción

Del Mensaje del Papa Francisco para la V Jornada Mundial de los Pobres (n. 4)

«Necesitamos, pues, adherirnos con plena convicción a la invitación del Señor: “Conviértanse y crean en la Buena Noticia” (Mc 1, 15). Esta conversión consiste, en primer lugar, en abrir nuestro corazón para reconocer las múltiples expresiones de la pobreza y en manifestar el Reino de Dios mediante un estilo de vida coherente con la fe que profesamos».

P. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

T. Amén.

P. Dios mío, ven en mi auxilio.

T. Señor, date prisa en socorrerme.

P. Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.

T. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

PRIMER MISTERIO

Señor, Tú eres mi único bien

«Tú andas diciendo: Soy rico, estoy lleno de bienes y no me falta nada. Y no sabes que eres desdichado, digno de compasión, pobre, ciego y desnudo» (Ap 3,17).

Escuchemos la Palabra de Dios del Libro de los Proverbios (30,7-9)

«Hay dos cosas que yo te pido, no me la niegues antes que muera: aleja de mí la falsedad y la mentira; no me des ni pobreza ni riqueza, dame la ración necesaria, no sea que, al sentirme satisfecho, reniegue y diga: “¿Quién es el Señor?”, o que, siendo pobre, me ponga a robar y atente contra el nombre de mi Dios».

Del Mensaje del Papa Francisco para la V Jornada Mundial de los Pobres (n. 2)

«El rostro de Dios que Él revela, de hecho, es el de un Padre para los pobres y cercano a los pobres. Toda la obra de Jesús afirma que la pobreza no es fruto de la fatalidad, sino un signo concreto de su presencia entre nosotros. No lo encontramos cuando y donde quisiéramos, sino que lo reconocemos en la vida de los pobres, en su sufrimiento e indignancia, en las condiciones a veces inhumanas en las que se ven obligados a vivir. No me canso de repetir que los pobres son verdaderos evangelizadores porque fueron los primeros en ser evangelizados y llamados a compartir la bienaventuranza del Señor y su Reino (cf. Mt 5,3)».

Padre Nuestro, 10 Ave María, Gloria...

Oh María, Madre de los Pobres. Ruega por nosotros.

P. Oremos. Virgen de los pobres, acompáñanos a Jesús única fuente de gracia y enséñanos la docilidad al Espíritu Santo, para que encienda el fuego de amor que vino a traer para el advenimiento de su Reino. Por Cristo nuestro Señor. **Amén.**

O bien: Virgen María, luz de quien camina en la oscuridad, sostén los pasos de quienes son explotados y mortificados en su dignidad, para que puedan vivir con la certeza de que Dios no es indiferente al destino de sus hijos. Por Cristo nuestro Señor. **Amén.**

SEGUNDO MISTERIO

Señor, Tú eres mi esperanza, a ti te busco

«Busquen al Señor, ustedes, todos los humildes de la tierra, los que ponen en práctica sus decretos. Busquen la justicia, busquen la humildad, tal vez así estarán protegidos en el Día de la ira del Señor» (Sof 2,3).

Escuchemos la Palabra de Dios del Libro del Sirácide (4,1-4.8)

«Hijo mío, no prives al pobre de su sustento ni hagas languidecer los ojos del indigente. No hagas sufrir al que tiene hambre ni irrites al que está en la miseria. No exasperes más aún al que está irritado ni hagas esperar tu don al que lo necesita. No rechaces la súplica del afligido ni apartes tu rostro del pobre. Vuelve tu oído hacia el pobre y devuélvele el saludo con dulzura».

Del Mensaje del Papa Francisco para la V Jornada Mundial de los Pobres (n. 3)

«Jesús no sólo está de parte de los pobres, sino que comparte con ellos la misma suerte. Esta es una importante lección también para sus discípulos de todos los tiempos. Sus palabras “a los pobres los tienen siempre con ustedes” también indican que su presencia en medio de nosotros es constante, pero que no debe conducirnos a un acostumbramiento que se convierta en indiferencia, sino a involucrarnos en un compartir la vida que no admite delegaciones. Los pobres no son personas “externas” a la comunidad, sino hermanos y hermanas con los cuales compartir el sufrimiento para aliviar su malestar y marginación, para devolverles la dignidad perdida y asegurarles la necesaria inclusión social».

Padre Nuestro, 10 Ave María, Gloria...

Oh María, Madre de los Pobres. Ruega por nosotros.

P. Oremos. Virgen de los Pobres, que dijiste: “Crean en mí, yo creeré en ustedes”, te damos las gracias por concedernos tu confianza. Haznos capaces de elegir conforme al Evangelio, ayúdanos a gestionar nuestra libertad en el servicio mutuo y en el amor de Cristo para gloria del Padre. **Amén.**

O bien: Virgen María, sostén de cuantos esperan en ti, guarda en tu corazón a todos los que son obligados a abandonar su patria, para que encuentren acogida en la solidaridad de los hermanos. Por Cristo nuestro Señor. **Amén.**

TERCER MISTERIO

Levántame Señor, no me abandones

«El levanta del polvo al desvalido, alza al pobre de su miseria, para hacerlo sentar entre los nobles, entre los príncipes de su pueblo» (*Sal 113,7-8*).

Escuchemos la Palabra de Dios del Libro del Profeta Isaías (14,30.32)

«Los pobres pacerán en mis praderas y los indigentes se recostarán seguros. El Señor ha fundado a Sión y en ella se refugian los desvalidos de su pueblo».

Del Mensaje del Papa Francisco para la V Jornada Mundial de los Pobres (n. 9)

«No podemos esperar a que llamen a nuestra puerta, es urgente que vayamos nosotros a encontrarlos en sus casas, en los hospitales y en las residencias asistenciales, en las calles y en los rincones oscuros donde a veces se esconden, en los centros de refugio y acogida... Es importante entender cómo se sienten, qué perciben y qué deseos tienen en el corazón. [...] Los pobres están entre nosotros. Qué evangélico sería si pudiéramos decir con toda verdad: también nosotros somos pobres, porque sólo así lograremos reconocerlos realmente y hacerlos parte de nuestra vida e instrumentos de salvación».

Padre Nuestro, 10 Ave María, Gloria...

Oh María, Madre de los Pobres. Ruega por nosotros.

P. Oremos. Virgen de los Pobres, salva a las naciones: concédenos la gracia de ser guiados por sabios gobernantes y que todos los pueblos, reconciliados y concordes entre sí, formen un único rebaño bajo un solo pastor. Por Cristo nuestro Señor. **Amén.**

O bien: Virgen María, consoladora de los enfermos y desanimados, cuida de los que hoy viven en la precariedad y la marginación, para que, confiando siempre en la fidelidad del Señor, vuelvan a abrir su corazón a la esperanza. Por Cristo nuestro Señor. **Amén.**

CUARTO MISTERIO

Hazme Señor, testigo de la alegría del Evangelio

«El espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungió. Él me envió a llevar la buena noticia a los pobres, a vender los corazones heridos, a proclamar la liberación a los cautivos y la libertad a los prisioneros» (Is 61,1).

Escuchemos la Palabra del Señor según el Evangelio de San Lucas (6,20-23)

«Él, levantando los ojos hacia sus discípulos, les dijo: “Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora tienen hambre, porque serán saciados. Bienaventurados los que ahora lloran, porque reirán. Bienaventurados ustedes cuando los hombres los odien, los excluyan, los insulten y proscriban su nombre como infame, por causa del Hijo del hombre. Alégrese ese día y salten de gozo, porque su recompensa será grande en el cielo”».

Del Mensaje del Papa Francisco para la V Jornada Mundial de los Pobres (n. 2)

«Los *pobres* de cualquier condición y de cualquier latitud nos *evangelizan*, porque nos permiten redescubrir de manera siempre nueva los rasgos más genuinos del rostro del Padre. “Ellos tienen mucho que enseñarnos. Además de participar del *sensus fidei*, en sus propios dolores conocen al Cristo sufriente. Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos”. (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 198)».

Padre Nuestro, 10 Ave María, Gloria...

Oh María, Madre de los Pobres. Ruega por nosotros.

P. Oremos. Virgen de los Pobres, conforta a los enfermos con tu presencia; enséñanos a llevar con Jesús nuestra cruz de cada día y haz que nos comprometamos realmente en el servicio a los pobres y a los que sufren. **Amén.**

O bien: Virgen María, tu corazón está siempre abierto y dispuesto a acoger a los hambrientos y a cuantos tienen hambre y sed de justicia, te presentamos a nuestros hermanos explotados y humillados: haznos atentos a sus necesidades y disponibles para caminar con ellos. Por Cristo nuestro Señor. **Amén.**

QUINTO MISTERIO

Señor, concédeme vivir la comunión contigo y con los hermanos

«La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma. Nadie consideraba sus bienes como propios, sino que todo era común entre ellos. Los Apóstoles daban testimonio con mucho poder de la resurrección del Señor Jesús y gozaban de gran estima. Ninguno padecía necesidad, porque todos los que poseían tierras o casas las vendían y ponían el dinero a disposición de los Apóstoles, para que se distribuyera a cada uno según sus necesidades» (*Hch 4,32-35*).

Escuchemos la Palabra del Señor según el Evangelio de San Mateo (25,34-36)

«Vengan, benditos de mi Padre, reciban en herencia el Reino preparado para ustedes desde la creación del mundo, porque tuve hambre y me dieron de comer, tuve sed y me dieron de beber, era forastero y me hospedaron, estuve desnudo y me vistieron, enfermo y me visitaron, preso y me vinieron a ver».

Del Mensaje del Papa Francisco para la V Jornada Mundial de los Pobres (n. 3)

«Se sabe que una obra de beneficencia presupone un benefactor y un beneficiado, mientras que el compartir genera fraternidad. La limosna es ocasional, mientras que el compartir es duradero. La primera corre el riesgo de gratificar a quien la realiza y humillar a quien la recibe; el segundo refuerza la solidaridad y sienta las bases necesarias para alcanzar la justicia. En defini-

tiva, los creyentes, cuando quieren ver y palpar a Jesús en persona, saben a dónde dirigirse, los pobres son sacramento de Cristo, representan su persona y remiten a él».

Padre Nuestro, 10 Ave María, Gloria...

Oh María, Madre de los Pobres. Ruega por nosotros.

P. Oremos. Virgen de los Pobres, creemos en ti y, confiando en tu maternal intercesión, nos abandonamos a tu protección. Te confiamos el camino de la Iglesia en este tercer milenio, el crecimiento moral y espiritual de los jóvenes, las vocaciones religiosas, sacerdotales y misioneras y la obra de la nueva evangelización. **Amén.**

O bien: Virgen María, vientre acogedor de los que viven en la soledad y el abandono, no permitas que ninguno de tus hijos sufra por falta de calidez y amistad, sino que encuentren hermanos dispuestos a acogerlos y a ofrecerles una palabra amiga. Por Cristo nuestro Señor. **Amén.**

Salve Regina

Dios te salve, Reina y Madre de misericordia,
vida, dulzura y esperanza nuestra. Dios te salve.

A Ti clamamos los desterrados hijos de Eva;

a Ti suspiramos, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas.

Ea, pues, Señora Abogada Nuestra,

vuelve a nosotros tus ojos misericordiosos,

y después de este destierro, muéstranos a Jesús,

fruto bendito de tu vientre.

Oh, clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María.

Letanías Evangélicas (Mt 5,1-12)

María, Madre de los pobres de espíritu.

María, Madre de los afligidos.

María, Madre de los mansos.

Te rogamos, óyenos.

Te rogamos, óyenos.

Te rogamos, óyenos.

María, Madre de los que tienen hambre
y sed de justicia.

María, Madre de los misericordiosos.

María, Madre de los puros de corazón.

María, Madre de los que trabajan por la paz.

María, Madre de los perseguidos.

Te rogamos, óyenos.

Te rogamos, óyenos.

Te rogamos, óyenos.

Te rogamos, óyenos.

Te rogamos, óyenos.

P. Oremos. Señor Jesús, hermano nuestro, te pedimos por los pobres, los enfermos, los ancianos, los excluidos. Por los que tienen hambre y no tienen pan, pero también por los que tienen pan y no tienen hambre. Por los que son rebasados por todos, por los explotados, los alcohólicos, las prostitutas. Por los solitarios, por los cansados. Libera a los creyentes, oh Señor, de pensar que un gesto de caridad es suficiente para curar tanto sufrimiento.

Siempre tendremos a los pobres con nosotros: son el signo de nuestra pobreza de caminantes, el símbolo de nuestras decepciones, el jirón de nuestras desesperaciones. Siempre los tendremos con nosotros, es más, dentro de nosotros.

Oh, Señor, concede a tu pueblo en camino el honor de reconocer a los que se han detenido en el trayecto y de estar dispuesto a tenderles la mano para reemprender la marcha, con la certeza de que quienes esperan en ti no quedarán defraudados. **Amén.**

(don Tonino Bello, Palabras de amor)

O bien: Oh Dios, Padre nuestro misericordioso, hoy muchos de nuestros hermanos y hermanas son abandonados por sus familias y por la sociedad. No es por falta de pan, sino por falta de amor que son descartados y expuestos al peligro y a la muerte.

¡Padre, perdónanos!

Te suplicamos que seamos capaces de amar sinceramente a los pobres que ni siquiera tienen fuerzas para mendigar la comida, que seamos misericordiosos, como Tú, Señor, que eres rico en misericordia. Haznos capaces de amar a

los desvalidos y crucificados, a los innumerables Cristos de este mundo, para que aprendamos a amar no con palabras, sino con obras y de verdad.

¡Padre, conviértenos!

Extendemos nuestras manos hacia ti y hacia los hermanos pobres. Mientras compartimos nuestro pan con los hambrientos, llevamos alivio a los afligidos y a los enfermos, acogemos a los que no tienen techo en nuestras casas, vestimos a los desnudos, nos hacemos sus prójimos, tocamos y curamos sus heridas, es la misma carne herida de Jesús Redentor. Sólo así sanarán nuestras heridas, las de las familias y las de la sociedad.

¡Padre, escúchanos!

Estamos sufriendo grandes pruebas y dolores a causa de la pandemia. Nos arrepentimos de nuestra vida pasada, reconocemos que somos una sola humanidad, que no nos salvamos solos, que ninguno se salva a sí mismo, sino que sólo amándote a Ti y a los pobres es posible edificar tu reino en esta tierra.

¡Padre, sálvanos!

Deseamos vivir en el amor de tu Hijo Jesús, que derramó hasta la última gota de su preciosa sangre en la cruz para arrancarnos del sufrimiento y de la muerte eterna, para transformar este mundo nuestro en un hogar acogedor donde nadie se sienta desamparado, un mundo donde todos puedan amarte a Ti y al prójimo como a sí mismos.

¡Padre, ámanos! Amén.

Letanías a María, Madre de los Pobres

Señor, ten piedad.

Cristo, ten piedad.

Señor, ten piedad.

Cristo, óyenos.

Cristo, escúchanos.

Señor, ten piedad.

Cristo, ten piedad.

Señor, ten piedad.

Cristo, óyenos.

Cristo, escúchanos.

Dios Padre, Creador nuestro, **ten piedad de nosotros.**
Dios Hijo, Redentor nuestro, **ten piedad de nosotros.**
Dios Espíritu Santo, Santificador nuestro, **ten piedad de nosotros.**
Santísima Trinidad, un solo Dios, **ten piedad de nosotros.**

Santa María,
Santa Madre de Dios,
Santa Virgen de las vírgenes,
Hija del pueblo de Dios,
Virgen de Nazaret,
Elegida entre las mujeres,
Virgen sencilla de corazón,
Esposa de José humilde trabajador,
Reina de la familia,
Mujer de nuestro pueblo,
Esperanza de los oprimidos,
Confianza de los más pobres,
Virgen, Madre de Cristo,
Virgen, Madre de la Iglesia,
Virgen, Madre de los hombres,
Madre que nos conoces,
Madre que nos escuchas,
Madre que nos comprendes,
Virgen, hija del hombre,
Hija de un pueblo peregrino,
Presencia viva en la historia,
Madre que conoce el dolor,
Madre al pie de la cruz,
Madre de los que sufren,
Señora de la alegría,
Virgen de la luz,

guía nuestro camino.
ilumina nuestro sendero.
danos a tu Hijo.
guía nuestro camino.
ilumina nuestro sendero.
danos a tu Hijo.
guía nuestro camino.
ilumina nuestro camino.
danos a tu Hijo.
guía nuestro camino.
ilumina nuestro sendero.
danos a tu Hijo.
guía nuestro camino.
ilumina nuestro sendero.
danos a tu Hijo.
guía nuestro camino.
ilumina nuestro sendero.
danos a tu Hijo.
guía nuestro camino.
ilumina nuestro sendero.
danos a tu Hijo.
guía nuestro camino.
ilumina nuestro sendero.
danos a tu Hijo.
guía nuestro camino.
ilumina nuestro sendero.

Reina de la paz,

danos a tu Hijo.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo,
perdónanos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo,
escúchanos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo,
ten piedad y misericordia de nosotros.

P. Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios.

R. Para que seamos dignos de alcanzar las gracias y promesas de nuestro Señor Jesucristo.

P. Oremos. Padre bueno, concédenos engrandecer con María tu infinita bondad, y gozar siempre de su protección, pues en ella nos has dado una reina misericordiosa con los pecadores y compasiva con los pobres. Por Cristo, nuestro Señor. **Amén.**





ORACIÓN INSPIRADA EN EL MENSAJE DEL PAPA FRANCISCO PARA LA V JORNADA MUNDIAL DE LOS POBRES

«A LOS POBRES LOS TIENEN SIEMPRE CON USTEDES»

(Mc 14,7)

Oh, Señor, nuestro Jesucristo, tú eres el primer pobre, el más pobre entre los pobres, porque los representas a todos. El rostro de Dios que nos revela es el de un Padre para los pobres y cercano a los pobres. Toda tu obra afirma que la pobreza es signo concreto de tu presencia entre nosotros. Los pobres, que tenemos siempre con nosotros, son Tu sacramento.

Tú nos pides reconocerte en sus vidas, que nos dejemos evangelizar por ellos para que redescubramos la solidaridad y el compartir. Enséñanos a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a comprenderlos y a acoger la misteriosa sabiduría que Tú quieres comunicarnos a través de ellos.

Oh Espíritu Santo, amor del Padre y del Hijo derramado en nuestros corazones. Tú suscitas en nosotros una preocupación amorosa por la persona de los pobres, incitándonos a



buscar efectivamente su bien.

Tú nos exhortas a salir al encuentro de los pobres allí donde están, a abrazarlos con ternura. Danos la humildad de reconocernos también nosotros pobres, porque sólo así podremos reconocerlos verdaderamente y hacerlos parte de nuestra vida e instrumento de salvación.

Ilumina y fortalece a los miembros de los gobiernos e instituciones mundiales, para que se sientan investidos de la responsabilidad de construir un mundo mejor sobre la base de la justicia.

San Damián de Veuster, apóstol de los leprosos, ruega por los numerosos hombres y mujeres que, en la actual pandemia por coronavirus, son partícipes del sufrimiento de los millones de personas infectadas. **Amén.**

PROPUESTAS PASTORALES para la V Jornada Mundial de los Pobres

Un vaso de agua: los pobres son evangelizadores

¿Cómo nos evangelizan los pobres? Un vaso de agua no es mucho, es algo que todos pueden dar y que todos, a su vez, pueden recibir, y sin embargo Cristo lo convirtió en un gesto que debe ser recompensado (cfr. Mt 10, 42). Los pobres nos evangelizan con un vaso de agua, es decir, con su generosidad. Cuántas veces, al visitar las casas de los pobres, a los sacerdotes y agentes de pastoral se les ha ofrecido simplemente un vaso de agua, una taza de café, un trozo de pastel, o incluso la comida o la cena. Los pobres son los primeros en ser generosos, en servir, en ofrecer ayuda, en escuchar, en caminar con los que, como ellos, sufren.

Durante este tiempo de pandemia, hemos visto la generosidad de los pobres en acción. En las parroquias de todo el mundo, fueron los propios pobres los que se ofrecieron para recoger y distribuir paquetes de alimentos a los más necesitados. Los pobres compraban dos botellas de leche, una se la quedaban y otra la donaban. Los pobres donaban su vaso de agua, ayudaban a limpiar las iglesias, los parques, las zonas de recreo para los hijos de sus vecinos, etc. Los pobres asistían a sus vecinos y se aseguraban de que nadie fuese abandonado. ¡Los pobres evangelizaban con sus acciones!

En su mensaje para esta *V Jornada Mundial de los Pobres*, el Santo Padre Francisco nos invita a realizar y creer plenamente en lo que hemos visto como auténtico en este tiempo marcado por la pandemia: «Los *pobres* de cualquier condición y de cualquier latitud nos evangelizan, porque nos permiten redescubrir de manera siempre nueva los rasgos más genuinos del rostro del Padre» (n. 2). Retomando la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, el Papa Francisco continúa: «tienen mucho que enseñarnos. Además de participar del *sensus fidei*, en sus propios dolores conocen al Cristo sufriente. Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escu-

charlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos» (n. 2).

En esta *V Jornada Mundial de los Pobres*, en la que se nos invita a ver a los pobres, que están y estarán siempre con nosotros, como “sacramento de Cristo” porque “representan su persona y remiten a él” (n. 3), se pueden promover las siguientes iniciativas pastorales en las diócesis y parroquias, y en cualquier lugar donde se encuentren los pobres. ¡Dejemos que su vaso de agua toque nuestros corazones y nos transforme!

PROPUESTAS PASTORALES

1. Pedir a una persona con una enfermedad terminal que escriba la Oración de los Fieles para esta *V Jornada Mundial de los Pobres*.
2. Invitar a un exconvicto a hablar a un grupo de jóvenes o en una reunión diocesana sobre su experiencia de la misericordia y el perdón de Dios.
3. Cuando se ofrezca comida o ropa a los pobres, preguntarles si les gustaría rezar y decir una oración con ellos, o mejor aún, pedirles que ofrezcan la oración ellos mismos permitiéndoles expresar su unión con Dios.
4. Promover una campaña de “nadie come solo”, animando a todas las familias a hacer al menos una comida juntos cada día.
5. Pedir a un sobreviviente de Covid-19 que escriba una reflexión sobre el significado de su sufrimiento y publicarla en el boletín parroquial o en el periódico diocesano.
6. Invitar a las madres solteras (o a los padres solteros) y a sus hijos a una fiesta organizada especialmente por la parroquia o patrocinarles una excursión a un parque recreativo local.
7. Invitar a la celebración de una Santa Misa a todas las futuras madres e invitarlas a bendecir a sus hijos en gestación.

8. Patrocinar una “feria del empleo” en su parroquia o centro diocesano en la que se reúnan los oferentes y demandantes de empleo.
9. Promover una “colecta de juguetes” para los niños de los centros de acogida para víctimas de la violencia doméstica o para las personas sin hogar, pidiendo a los niños de la parroquia que donen juguetes en buen estado, no juguetes rotos o no deseados.
10. Pedir a todos en casa que recen por las vocaciones y que recen por los niños que se confirmarán o recibirán la primera comunión durante el próximo año de formación en la fe.
11. Acoger a los niños con autismo en la parroquia y educar a los fieles sobre el autismo y el derecho de los niños con autismo a orar con todo el Pueblo de Dios.
12. Incluir a los niños con síndrome de Down en las representaciones navideñas.
13. Involucrar a los presos, a los que están en residencias de ancianos y a los que están en albergues en el proceso de consulta del próximo sínodo de la Iglesia.
14. Pedir a los consagrados y consagradas de los conventos contemplativos que recen por las parejas de la parroquia que se van a casar.
15. Acoger a las familias inmigrantes reconociendo sus devociones especiales de piedad popular, como la “Huida a Egipto” conmemorada por los católicos nigerianos, el “Paso del Niño” conmemorado por los católicos ecuatorianos, las celebraciones en torno a Nuestra Señora de Guadalupe conmemoradas por los católicos mexicanos, etc.



TESTIMONIOS SOBRE LA JORNADA MUNDIAL DE LOS POBRES EN LAS IGLESIAS LOCALES

Los puntos de vista y las ideas sobre la pobreza cambian según el lugar donde se viva. Desde hace 4 años estoy aquí en el Chad en una de nuestras misiones africanas como Hermanas Franciscanas Alcantarinas. Mis ojos, o más bien mi mirada, ha cambiado definitivamente gracias a todo lo que me rodea y que implica nuestro servicio y nuestro estar aquí. La nuestra, es una pequeña diócesis del sur de este país, a menudo olvidada, pero que sigue siendo una encrucijada de los grandes movimientos económicos y políticos del continente africano; una pequeña diócesis de sólo 12 parroquias que abarca un territorio tan grande como Sicilia, Italia. Entre los pobres nos ayudamos: esta es la conclusión a la que he podido llegar y testimoniar. Entre los pobres, nos entendemos en el sentido de que a menudo nos sentimos parte de una vida que no es justa y está llena de contradicciones, pero que, gracias a la solidaridad, se convierte en una gracia. Durante la semana de preparación a la *Jornada Mundial de los Pobres* en 2020, toda la Iglesia local se comprometió a mirar dentro de sí misma. Este es un país en el que la pobreza

alcanza al 67% de la población, y hablar de los pobres es realmente un asunto de todos. Las iniciativas para apoyar esto fueron muchas y llenas de significado. Desde hacer más limpio y digno el gran espacio de la liturgia dominical, hasta limpiar y pintar el centro cultural de la parroquia, donde cada día unos 200 alumnos de los distintos institutos buscan una oportunidad extra para estudiar, y aquí una gran ayuda es simplemente tener libros para estudiar. La biblioteca parroquial cuenta con unos 3,000 volúmenes de diversas materias, pero sobre todo es un espacio equipado con mesas, bancos y pizarras. Los jóvenes se han dedicado a ordenar las distintas estanterías y a repintar el espacio, los colores dan vida y esperanza. Los vi decididos, felices, entusiasmados por hacer de ese lugar, al menos, una posibilidad real para su futuro. Este país no ofrece nada para ellos. Después del bachillerato, la mayoría de los niños no tienen ninguna posibilidad de empleo ni de seguir estudiando.

Al final del trabajo, que duró unos días, los valientes voluntarios quisieron escribir en las paredes del espacio frente a la biblioteca dos frases que pueden resumir el gran deseo de ser hombres y mujeres libres. Las frases son: La cultura es el camino hacia la libertad; la diferencia entre lo posible y lo imposible se encuentra en la determinación. Verdaderamente los pobres enseñan tanto, a veces el silencio frente al dolor imposible, a veces el valor de atreverse donde la esperanza parece lejana. Pero benditos sean siempre los que todavía son capaces de aprender de los últimos del mundo.

Sor Marilda Sportelli

Hermana Franciscana Alcantarina en el Chad

PAOLO COCCHERI **EL VISIONARIO DEL VOLUNTARIADO**

Conocí a Paolo hace 30 años, cuando leía textos espirituales en su casa de Florencia junto a un grupo de teatro al que daba clases. De hecho, Paolo había trabajado en teatro con Orazio Costa y durante su vida había sido el creador de varios festivales de teatro.

Pero su vida cambió radicalmente tras leer un libro de Fioretta Mazzei sobre el santo alcalde de Florencia, Giorgio La Pira. Paolo siempre dijo que este libro había sido su rayo en el camino a Damasco.



Nos volvimos a encontrar en 1993 porque había leído en un periódico florentino que un grupo de personas salía por las tardes a llevar comida y bebida a los sin techo de Florencia.

Al final del artículo se pedía que se presentaran nuevos voluntarios para esta iniciativa, con el número de teléfono de Paolo. Le llamé inmediatamente para informarme, y a la tarde siguiente 50 personas nos reunimos en la Piazza San Marco para iniciar lo que más tarde se convertiría en la Ronda Benéfica de Florencia.

Desde ese día, nunca he dejado esta labor de voluntariado, que ha cambiado la vida. Siempre se lo repetía a Paolo, incluso un mes antes de su muerte, cuando hablábamos por teléfono para despedirnos. Le dije: 'Paolo, sabes que estás un poco loco, pero fuiste muy importante para mí porque tuviste la idea de la Ronda, que nos permitió construir una importante red de personas, voluntarios, y gente de la calle, nuestros amigos, con los que iniciamos un camino que perdura hasta hoy'.

En los primeros años de nuestro trabajo, Paolo siempre salía con nosotros por las tardes y al día siguiente se iba a una nueva ciudad, a una nueva estación de tren, donde colgaba su folleto pidiendo voluntarios para un servicio de calle para los sin techo.

Así nacieron más de 70 Ronde en Italia y 2 en el extranjero. Paolo fue para todos nosotros el motor de la actividad, aunque nunca quiso ningún cargo institucional, para sentirse libre de moverse donde su espíritu y su creatividad le llevaran.

Siempre fue un volcán de ideas y proyectos. Me decía: 'Yo siembro, pero tiene que haber alguien que coseche'. Y eso es lo que hemos intentado hacer en Florencia, así como los otros grupos que Paolo puso en marcha.

Empezamos distribuyendo comida y bebida a los sin techo, y luego, junto con otras asociaciones, pudimos dar apoyo domiciliario a los que se encontraban sin documentos, ayudándoles a reintegrarse en la sociedad.

Para evitar el despilfarro de alimentos, siempre hemos intentado recoger la comida no consumida de los bares y restaurantes para distribuirla entre los que no tenían nada que comer, y Paolo siempre estaba con nosotros para mostrarnos la mejor manera de llegar a una persona necesitada.

Echaremos de menos su sonrisa, su fuerza espiritual, su ejemplo: Paolo murió en la más absoluta pobreza, pero su ejemplo permanece en nuestros corazones.

Marisa Daniela Consilvio

Presidente de la Ronda de la Caridad y de la Solidaridad de Florencia, Italia



EN EL CORAZÓN DE ÁFRICA EVANGELIZADA POR LOS POBRES

Me llamo Rossella Della Neve, tengo 21 años y vivo en uno de los barrios más difíciles de Nápoles: Monsanto. Me he acostumbrado al sufrimiento, a la violencia, a la ilegalidad. Pero Jesús se dejó encontrar, quitando el velo de mis ojos, tocó mi corazón y mi vida, haciéndome sentir amada con un amor que me llenó por completo, sanando mis heridas.

Pensaba que lo había visto todo en mi vida, pero me equivocaba. El pasado mes de septiembre, con mi párroco, el padre Michele Madonna, y un grupo de 14 jóvenes, fuimos al corazón de África, a la República Centroafricana, a la aldea de Bimbo, en el marco de un proyecto creado para la *Jornada Mundial de los Pobres*. Fui allí pensando en ayudar y evangelizar. Nada más llegar, me derrumbé: nunca había visto tanta pobreza y tanta indigencia.

No podía hacer nada más que rendirme y dejar que la gente y Jesús me llevaran de la mano. Los que quería ayudar me ayudaban, los que quería evangelizar me evangelizaban. No tenían nada, pero tenían una alegría y una felicidad que nadie podía robar. Me enseñaron la confianza en Dios y la belleza de la fe, vi que Dios lo es todo para ellos, y vi a sacerdotes, hermanas y laicos dando su vida día a día, sirviendo y amando como Jesús. Y he comprendido que yo soy el verdadero pobre.

Rossella della Neve

Parroquia de Santa María a Montesanto (Nápoles)







**A los pobres los tienen
siempre con ustedes**

2021

EL LOGO DE LA JORNADA MUNDIAL DE LOS POBRES

La dimensión de la reciprocidad se refleja en el logo de la *Jornada Mundial de los Pobres*. Se ve una puerta abierta y dos personas de pie al borde de la misma. Ambas tienden la mano; una pide ayuda, la otra la ofrece. De hecho, es difícil entender cuál de los dos es el verdadero pobre. O, mejor dicho, ambos son pobres. El que tiende la mano para entrar pide compartir; el que tiende la mano para ayudar es invitado a salir y compartir. Son dos

manos extendidas que se encuentran donde cada una ofrece algo. Dos brazos que expresan la solidaridad y que provocan que uno no se quede en el umbral, sino que salga al encuentro del otro. El pobre puede entrar en la casa una vez que los de la casa han comprendido que la ayuda es compartida.

“A los pobres los tienen siempre con ustedes”. (Mc 14,7). Es una invitación a no perder nunca de vista la oportunidad que se nos ofrece de hacer el bien, procurando que se cumpla el deseo del Papa Francisco y que la *Jornada Mundial de los Pobres* pueda arraigar cada vez más en nuestras Iglesias locales y abrirse a un movimiento de evangelización que salga al encuentro de los pobres en primera instancia allí donde se encuentren.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN de S.E. Mons. Rino Fisichella	5
MENSAJE del Santo Padre Francisco para la V Jornada Mundial de los Pobres	9
HOMILÍA del Santo Padre Francisco per la IV Jornada Mundial de los Pobres	19
LECTIO DIVINA	
I Propuesta: «A los pobres los tienen siempre con ustedes» (Mc 14,7)	23
El Comentario: «A los pobres los tienen siempre con ustedes» (Mc 14,7)	33
II Propuesta: «Nunca dejará de haber pobres en la tierra...» (Dt 15,11)	36
El Comentario: Pobres y ricos: necesitados los unos de los otros	43
Comentario teológico-pastoral: El exceso del amor	48
VIGILIA DE ORACIÓN	52
EXPOSICIÓN DE LA SANTÍSIMA EUCARISTÍA Y ADORACIÓN	65
EL ROSARIO DE LOS POBRES	72
ORACIÓN inspirada en el Mensaje del Papa Francisco para la V Jornada Mundial de los Pobres	84
PROPUESTAS PASTORALES	86
TESTIMONIOS	89
EL LOGO DE LA JORNADA MUNDIAL DE LOS POBRES	94



**A los pobres los tienen
siempre con ustedes**

2021

*Los pobres están entre nosotros.
Qué evangélico sería
si pudiéramos decir
con toda verdad:
también nosotros somos pobres,
porque sólo así
lograremos reconocerlos realmente
y hacerlos parte de nuestra vida
e instrumentos de salvación.*

Francisco

24P 171

\$



9 788892 226333